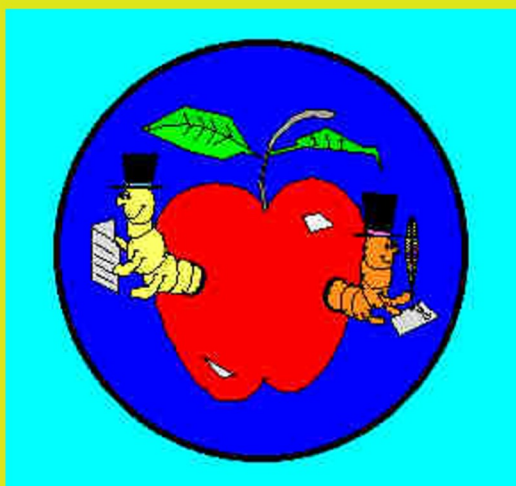


MORFEO EN LA VIGILIA



MORFEO EN LA VIGILIA

Redactores: JLM y JCJ. Nº2. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

EDITORIAL

Estimados resucitados, nos dirigimos a vosotros de nuevo para informaros de que además de la vida y la muerte hay un tercer estado que no deberíamos condenar a la hipótesis o a la mera utopía. Ese estado es el sueño, la imaginación de la futura existencia que, a nuestro juicio, no tiene por qué ser irrealizable. Intentaremos mostrar la imaginación como fuente de soluciones, no como solución, porque lo que queremos no es guiaros a un determinado punto de vista, lo que pretendemos es el no consenso, lo no establecido, la entropía de la solución, la crítica eterna. Las ideas no deben violar nuestra conciencia, deben seducirnos y, en todo caso, debemos intentar aportar siempre algo nuestro y único. Contra lo que luchamos es contra la imposición de las ideas por el principio de autoridad o en nombre de la experiencia, la cual sólo sirve para no equivocarse de la misma manera en el mismo problema. No viváis de las soluciones de otros, no penséis que algo no puede cambiarse si no funciona, soñad, soñad despiertos que vuestro sueño sea vuestra guía... Pero no obliguéis a soñar vuestro sueño, si no seréis como "ellos", simplemente hablad de ello... Alguien lo escuchara y si le gusta soñará con vosotros... Te pueden quitar todo en esta vida; menos tus sueños; "ellos" lo saben. Un hombre sin un sueño es alguien que se ha olvidado de sí mismo.

Pero, ¿quién no tiene sueños? Imaginación, fantasía, sueños. La magia de la creación. ¿Por qué os empeñáis en ahogar vuestras ideas?, ¿por qué callar vuestras voces? No os dejéis quitar lo poco que tenéis. Nosotros no vamos a callar. Dejamos brotar nuestros sueños y nos atrevemos a compartir nuestras visiones con vosotros. Vosotros, si queréis, también podéis hacerlo.

EL PODER DEL CREADOR

En este papel soy dios y no es blasfemia.
Yo creo las reglas y las gentes,
los mundos, las vidas, los sueños.

En este papel soy dios y no hay ofensa en ello.
Puedo soñarme y soñaros,
puedo imaginar nuevos caminos.
Soy dios y tengo poder para crear belleza u horror.
La magia brota de la simple mente,
tal vez de la miserable materia.
Pero la creación me hace grande.
Quizá sólo lo soy a mis ojos,
pero me siento henchido de placer.
El dios manipula su obra y es modificado por ella.
Soy omnisciente,
parezco saberlo todo y mover los hilos.
Creo personajes y vidas, paisajes que pongo en
movimiento, historias que se hacen reales con la pluma entre
los dedos.

¿Son sólo sueños de la imaginación?
¿O son reales tan sólo porque han sido creados?
Me siento dios y no es simple vanidad.
No soy superior a nadie por ello,
aunque sentir fluir la vida de tus creaciones
es una experiencia asombrosa, casi mística.
Magia, nada más.
Orgullo de Prometeo robando riquezas a los dioses.
¿Qué criminal podría querer ahogar la imaginación?
¡Y hay quien no ha sentido el placer de la creación!
Se pueden crear hijos, obras, sueños, ideas,
historias, imágenes.
¿Quién dice que la imaginación es inútil?
Si todo fue creado,
si existe un Supremo Creador,
debe mostrarse satisfecho cuando su obra,
su imagen y semejanza,
extrae de su pequeña mente encerrada en paredes
algo nuevo a partir de lo informe.
En este papel soy dios y no es blasfemia,
ni simple vanidad u orgullo,
ni excusa de la falta de finalidad,
del vacío de la existencia.

No soy el Dios, pero construyo para Él.
Es sublimación de eso que llamamos alma,
es aproximación a la deidad,
es compartir la belleza de todo lo que ha sido o será creado
alguna vez.

Tú eres dios y no es blasfemia.

Juan Luis Monedero Rodrigo

DE COMO LA SOCIEDAD NOS CONDENA AL INMOVILISMO (I)

Cuando eres pequeño es cuando comienza la involución que no la evolución. En ese momento eres un ser humano con la curiosidad en estado puro y la curiosidad inicial es la que habría de conservarse mientras evoluciona el resto de las potencialidades mentales, pues la curiosidad es la motivación de la creatividad. A continuación explicaré como poco a poco vamos minando esa curiosidad pura y absoluta:

El juguete como tal no debe ser definido por nadie, salvo riesgo para el pequeño, sin embargo las firmas comerciales tratan de definirlo constantemente y toda definición ajena a la iniciativa del niño es restringir su creatividad. Ejemplo:

Probablemente el niño por iniciativa propia y por calor afectivo preferiría "espachurrar" la cara de sus progenitores antes que la de un muñeco irreal que no le afecta sentimentalmente para nada. En este caso estamos limitando su campo de acción: NO TODO SIRVE PARA JUGAR (pruebas de ensayo y error hasta que nos reportan una cierta solución al origen del juego). NO TODO SIRVE PARA CAMBIARLO, HAY COSAS INMUTABLES Y UN TIEMPO DETERMINADO PARA CADA COSA.

En el colegio nos obligan a estudiar a todos las mismas asignaturas y a la misma hora, hacemos los mismos exámenes y plantean el saber no como un bálsamo destinado a calmar la curiosidad innata del hombre sino como un valor relativo con respecto a los demás, realizado con el patético invento de las notas. Es horrible, lo que aprendo no es para mi disfrute, es para la obtención de un número que les diga a los demás lo que supuestamente sé o no sé; una vez obtenido ese número probablemente me olvide de todo lo que aprendí. CONSECUENCIAS: la

motivación para estudiar es un número y no la curiosidad vital de la que antes hablé y la motivación para innovar es ninguna. **CONCLUSIÓN:** inmovilismo y aceptación por pura fe de lo que nos dicen en el colegio.

Juan Carlos Jiménez Moreno

REFLEXIONES OTOÑALES

Escribo sobre un sentimiento, sobre una emoción. Es extraño, pero a veces no sabemos de donde surgen nuestras sensaciones. Hay veces que tras un suceso aparentemente sencillo e intrascendente nos aparece un leve cosquilleo que nos eriza cada pelo del cuerpo, provocando un escalofrío que nos recorre completamente, de los pies a la cabeza...

Estoy viajando en tren. Viajo solo. Estoy observando el paisaje. Cada metro de recorrido está ya recogido en mi memoria, invariable, inmutable, como las otras infinitas veces que he debido hacer este trayecto. Las estaciones se suceden una tras otra, como las edades del hombre, y de repente he sentido ese cosquilleo y ese escalofrío instantáneo, y no sé por qué ha sido. Viajo solo. Escucho música de Grieg, su concierto para piano. Pienso en una chica. He visto a un hombre viejo leyendo bajo la sombra del único árbol que se puede encontrar en los últimos kilómetros de recorrido. Este hombre ha dejado de leer y tiene perdida la vista en el horizonte, donde ya se alcanza a ver Madrid, con sus rascacielos imponentes y su paraguas de humo y contaminación. Y, paradójicamente, no puedo adivinar de cual de estos sucesos, sencillos y aislados, inconexos como personas que no se conocen, ha nacido ese cosquilleo, esa sensación de haber encontrado un oasis de belleza dentro del desierto de fealdad que nos rodea.

"Estos sucesos -pienso- separadamente no me habrían producido esa sensación. Es su aparición conjunta e instantánea lo que los ha convertido en realmente bellos". Mientras escribo estas líneas, vuelvo a escuchar a Grieg. Realmente me emociono y me embriago cada vez que lo oigo. Pero esa sensación de belleza sin igual sólo se puede producir mediante una coincidencia simultánea de sucesos aparentemente intrascendentes. Sentimientos como el amor, el romanticismo, la melancolía, etc, por sí solos no significan nada. Es la vida real la que les da sentido. Por eso es imposible ser feliz constantemente. Está lloviendo. El otoño ha comenzado impaciente. Esta

época inevitablemente alarga las caras y los corazones. El mío comienza a sentirse invadido por una tristeza inefable...

Narciso Tuera

DESDE EL PAÍS DE LOS SUEÑOS

Imaginación y fantasía. Me pedís que hable de ellas. Imaginación o fantasía. ¿Con cuál quedarse si hubiera que escoger entre las dos? Yo, personalmente, prefiero la imaginación. Pero sólo realizaré la difícil elección si me situáis entre la espada y la pared.

Es sólo una cuestión de connotaciones que afectan a mi impresión de las cosas. Imaginar significa crear una imagen, un cuadro, y ponerlo en movimiento. Quizá por eso me gusta imaginar, porque tiene algo de dialéctico, de evolución temporal. La fantasía es igualmente hermosa. Pero se trata sólo de pintura. Uno puede fantasear sin establecer conexiones, por el mero placer de crear sin un objeto. No quiero decir que la imaginación no pueda alcanzar el sinsentido, sólo que yo la veo como un proceso. La fantasía, desde mi punto de vista, es más estática.

Pero si no se me fuerza a ello, prefiero quedarme con las dos hermanas. De uno u otro modo imaginación y fantasía se complementan y completan entre sí. Ambas nos llegan desde el país de los sueños, transportadas por mágicas hadas que nos han tocado con su varita. ¿Inspiración? Puede ser, pero también costumbre. Mucha gente dice que carece de imaginación. Algunos hasta presumen de ello porque consideran que la falta de imaginación es algo que los ata más firmemente a la realidad. Yo, cuando escucho a alguien decir que no tiene imaginación ni fantasía, siento un poco de pena y, tal vez sin quererlo, me muestro un poco escéptico. ¿Cómo es posible que alguien no sea capaz de soñar, de dejarse llevar por su mente hasta mundos que se le hacen familiares por introspección? Es algo que no me entra en la cabeza. Habla con cualquier persona. Todos tienen algo personal que decir, algo que han destilado ellos mismos en sus supuestamente oxidados engranajes cerebrales. Eso es imaginación. La creatividad no tiene por qué traducirse en obras concretas, el mero hecho de ser uno mismo, una persona distinguible de los demás, supone un ejercicio de imaginación.

Entonces, ¿por qué tantos se empeñan en negarse la capacidad de imaginar? No digo que todo el mundo tenga la misma capacidad de

imaginar o fantasear, ni que esta sea igual en todo momento, pero es que no existe una sola forma de pensar ni imaginar. Supongo que, entre otras razones, la gente se niega la imaginación por costumbre, por miedo y por pereza. Si me preguntaran, me gustaría poder decir que una vez se me desbordó la imaginación y desde entonces no ha vuelto por su cauce. Ese tipo de declaración no sería una muestra de orgullo, para mí sería una manifestación de alegría.

He dado tres razones, aunque se pueden dar otras muchas, para justificar la aparente falta de imaginación. En primer lugar he mencionado la costumbre. Estamos convencidos, aunque sea de forma inconsciente, de la inutilidad de imaginar o fantasear. En nuestro empeño por ver el sentido utilitario de todas las cosas pensamos que hay que amarrarse perfectamente a la realidad para poder hacer actos útiles y que para amarrarse a la realidad hay que negarse la capacidad de soñar. Pero esta visión estrecha del mundo nos puede convertir en ciegos. La visión utilitaria de nuestra vida nos hace pensar que debemos conservar la realidad que nos rodea y hacerla mejorar. Pero, ¿acaso no fueron sueños muchos de los objetos e ideas que nos rodean hoy en día y que aceptamos como parte imprescindible de nuestra existencia? Si queréis utilidad no podéis negar la imaginación. La falta de sueños sólo puede conducir al inmovilismo. Para tener algo que conservar o una estructura sobre la que construir, hay que haber inventado previamente una base, unos principios sobre los que fabricar nuevos principios. Eso es imaginación. Del mismo modo me parecen útiles la fantasía o la misma utopía, como generadoras de posibilidades.

Es curioso, estamos tan acostumbrados a nuestro punto de vista utilitario que hablamos de la imaginación y la fantasía como cosas de niños. Por ejemplo, ¿os habéis fijado en que muchas grandes novelas, llenas de fantasía, son inconscientemente relegadas a la categoría de obras infantiles? No hay que irse muy lejos para descubrir muestras conocidas: *Gulliver*, *Robinson Crusoe* o *La Historia interminable*, son considerados por muchos como libros infantiles. Pobrecillos ellos, que no saben lo que se pierden. Los juegos más creativos también son asignados a los niños por principio. Mucha gente no se da cuenta de que muchas de las ocupaciones con que llenan su vida están llenas del mismo carácter lúdico competitivo que impregna el juego infantil.

Como segunda razón os he dado el miedo. Somos tan imbéciles que nos parece necesario competir con nuestra capacidad para hacer

cualquier cosa, incluida la capacidad de imaginar. Mucha gente no se atreve a imaginar por miedo a no poderlo hacer, o a hacerlo peor que otros. Todos los niños tienen bien despierta la imaginación. Con la edad, por alguna razón, se nos va aletargando. Me diréis que se mueren las neuronas y todo eso. Es posible que algo influyan las razones fisiológicas, pero en buena parte la imaginación no se nos muere sino que nos la matan. No es raro que cuando a uno le exigen iniciativa, creatividad o imaginación sienta miedo de emplear un instrumento que ya no recuerda si posee o le funciona. Es más sencillo negarse su existencia y no descubrir que está muerta cuando una vez estuvo viva.

Pero el miedo también puede manifestarse en el sentido contrario. Si la imaginación es tan poco deseable como todos piensan en nuestro mundo moderno y eficaz, ¿no sería terrible descubrir que en mi cabeza todavía anida esa lacra que es la imaginación? Es peligroso desatar un monstruo que tal vez no podamos dominar. ¿Y si la imaginación me arrastra tras de sí con su atractivo canto de sirena y me convierte en un inútil? Es mejor dejar puestas las correas y decir a todo el mundo lo que uno se empeña en decirse a sí mismo: no tengo imaginación. Tal vez por eso a veces nos asusta soñar; nuestro pobre subconsciente no comprende de limitaciones y nos lleva a mundos extraños donde caen las cadenas con que nos atamos.

Por último la pereza. La pereza se mezcla con el miedo y la costumbre. Si la costumbre me enseña que la imaginación no es necesaria ni deseable, ¿para qué voy a invertir en imaginar unas energías que me serían más provechosas empleadas en otro asunto? Y claro, si no me atrevo a afrontar la posibilidad de que en mi cabeza repose el monstruo de la fantasía, más vale dejar el pensamiento tranquilo y estancado, que nuestra cabeza funcione siempre al ralenti, perezosamente, porque todo el mundo sabe que si el cerebro se pone en marcha es difícil detenerlo y puede ser peligroso razonar nuestra vida y lo que nos rodea, ya que puede conducirnos a plantearnos asuntos que más nos valía aceptar sin más, sin rompernos la cabeza para tener problemas. Más vale digerir como autómatas las ideas de los demás. Son frutos de otra imaginación; al menos no somos responsables de ellos.

Pero lo siento, jamás podréis convencerme de que no merece la pena imaginar. Si la imaginación fuera de veras inútil, si fantasear conduce a la locura, prefiero mil veces ser un loco a aceptar vuestra miserable realidad. Si queréis que os sea sincero, a mí la posible utilidad

de la imaginación, como la de tantas otras cosas, me parece accesorio. Soy un apologista de la imaginación por puro hedonismo. No pretendo moralizar, pero, de verdad, si eres uno de esos que creen no tener imaginación, esfuérate en buscarla, estoy seguro de que te llevarás más de una agradable sorpresa. Pero, a fin de cuentas, haced lo que queráis. Todos los viciosos tenemos el mismo defecto, el de querer convertir a los demás en compañeros de adicción y manías. No quería terminar con una frase dogmática, pero sí puedo dogmatizar en broma. ¿No te parece patético que mucha gente se sienta insatisfecha y busque mundos nuevos en fármacos y drogas demolidores? No hablo sólo de chutarse. Hay drogas que entran por los ojos y los oídos y suelen ser tan malas como las otras. Es triste, teniendo en cuenta lo fácil que es vivir tus propios sueños.

Juan Luis Monedero Rodrigo
(en colaboración con el gran filósofo Juljunipar)

La suave luz azulada del crepúsculo
parece trastocar planes de profunda oscuridad.
El suave color rojizo del sol
está dispuesto a despedirse de la luna con tenue beso de fuego.

El momento más bonito de este sublime acontecimiento es el final, los finales no son tristes, son oportunidades, son purificación, el fin de esta era debe de estar cerca, pues el sol y la luna hace tiempo que se saludan sólo de vez en cuando. Ve ahí y sal fuera de ti, mírate a ti, mírame a mí, habla conmigo, habla contigo.

El sol y la luna son el opuesto de una misma luz y ellos se entienden, por qué demonios no se entienden los hombres que son la misma luz en distinta carne.

Juan Carlos Jiménez Moreno

EL PÓRTICO DEL INFIERNO

La siguiente es una historia tan increíble que bien merecería haber sido cierta. Es una historia fantástica en la que aparecen magos, guerreros y monstruos, reinos imaginarios y paisajes desconocidos por los que se mueven personajes ficticios. Pero es una historia hermosa, puesto que todas las historias lo son. Esta empieza más o menos así:

Nadie se fijó en aquel anciano de larga barba blanca y mirada acerada cuando apareció en el reino. Su viejo y gastado jubón gris, su enorme capa llena de agujeros, ocultaban al personaje. Los pocos que se fijaron en su presencia lo tomaron por un mendigo o un buhonero. Sus leotardos rotos, su pelo gris, escaso y grasiento, sus pies negros por el barro y la suciedad del camino completaban su aspecto harapiento. Tras de sí arrastraba un carrito, apenas una carretilla con dos ruedas, en el que se acumulaban sus bártulos. Un cabritillo, con los cuernos aún en formación, tiraba del extraño aparato. Si hubiera sido un curandero no habría vestido ni actuado de otro modo. Pero era un mago, un hechicero al menos, poderoso más por sus malas obras que por sus conocimientos.

El reino era un lugar tranquilo y apacible. Desde que el gran rey Pezenred había terminado con las hordas de hombres y bestias de los montes que assolaban el país, las gentes del lugar sólo habían conocido la paz y la prosperidad. Por eso mismo el reino era un lugar apetecible para alguien como el viejo. Su nombre era Baldandar, un nombre extranjero, pero esto no es importante para la historia.

El rey actual era un buen rey. Se llamaba Gamoenasta. Era un rey viejo, gordo por la inactividad y ablandado por la paz. Por eso lo amaban sus súbditos. Como todo rey que se precie tenía una hija que era una hermosa princesa. No tenía hijos varones e Islabella era su única heredera. Había grandes guerreros e hijos de príncipes que aspiraban a su mano, pero aún faltaban unos años para que el rey la concediera en matrimonio.

Aparte de su hija, su mujer y el resto de la familia real, las preocupaciones del monarca se reducían a vigilar las fronteras del país y mantenerlas seguras, a cuidar los caminos y el comercio, a impartir justicia y elevar obras públicas, a firmar leyes y edictos, a facilitar, en suma, el bienestar de su pueblo.

El rey moraba en una enorme fortaleza, herencia de tiempos más inseguros en los que un castillo inexpugnable podía salvar la cabeza del príncipe. El castillo se alzaba en la cumbre de un cerro, no muy alto pero aislado y de paredes escarpadas. Era como un enorme torreón cuadrado con otra torre más pequeña circular en cada una de sus cuatro esquinas. Por eso se le llamaba El Castillo de las Cuatro Torres. Era un bastión tan seguro que la dinastía de Gamoenasta había morado allí desde tiempos inmemoriales, aun en las épocas más agitadas, sin que nunca hubiera sido conquistado por los sucesivos enemigos del reino.

Pues justo frente a la residencia del monarca y la corte, en la gran explanada yerma que la rodeaba, fue donde estableció el viejo mago sus reales. No le separarían más de trescientos pasos de la puerta del castillo.

Algún curioso comentó como aquel viejo loco había limpiado de maleza un pequeño círculo de suelo, había allanado el terreno y había dibujado extraños símbolos en la tierra. Por si a alguien le interesa, le diremos que esos símbolos de que se habla no eran otros que la estrella de nueve puntas, poderoso signo mágico de los hechiceros negros que, según cuentan, puede poner en contacto nuestro mundo con la oscura morada de los espectros y demonios. No basta con el simple símbolo de la estrella ni con los dos polígonos en que se inscribe, formando el doble eneágono que la rodea. No basta con colocar el bastón de mando al que deben obedecer los seres ultraterrenos. Deben realizarse una serie de sortilegios y pronunciarse misteriosos conjuros que no nos atrevemos a desvelar a la inquieta curiosidad del público, pues son demasiado peligrosos como para ponerlos en manos de cualquier desaprensivo o ingenuo que los lea.

El mago pintó su emblema en el suelo con arcillas de diversos colores, rellenó las figuras geométricas con blanca arena y negro carbón y clavó en el centro de la figura así formada su bastón de mando. Era una vieja vara de roble, sacada de algún árbol primigenio, labrada con todos los símbolos poderosos de la antigüedad y sometida por la pureza del metal. Dos anillos de oro, como tenues abrazaderas, rodeaban los extremos del bastón conteniendo y dominando su poder remoto. El arte de fabricar aquel bastón se había perdido en la noche de los tiempos y la ignorancia al respecto de aquellas poderosas herramientas era tal que causa pavor pensar el modo tan sencillo como el hechicero se hizo con aquella magnífica obra que emplearía para sus siniestros fines. El hechicero consiguió el bastón de manos de un honrado labrador que lo encontró en una cueva del monte donde araba la áspera tierra. Y qué pensarán que entregó el hechicero al campesino ignorante a cambio de tamaño poder. Pues les diré que por unas monedas de oro el mal encontró el medio con que expresarse.

Con la estrella grabada en el suelo y las palabras pronunciadas, el oscuro nigromante se acercó a las enormes puertas del castillo. Las puertas se abrían a los comerciantes los días de mercado y el mago podía haber esperado a ese momento para entrar. Pero se presentó una

tarde fría y ventosa, que presagiaba los horribles peligros que se cernían sobre el reino. El mago llevaba el bastón de mando en la mano, pero nadie reconoció aquella magia en su poder. Llamó con él a las recias puertas de piedra. Aquellos portones habían sido construidos con madera petrificada. Al sur del reino existía un bosque de piedra en el que enormes troncos de pino se habían convertido en dura sílice. El mayor de aquellos pinos de piedra había sido trasladado a la capital, donde los mejores pedreros del reino lo habían partido en dos y habían labrado a golpe de martillo y cincel las grandes puertas que defendían la fortaleza del rey.

Los guardias pidieron el santo y seña, divertidos por la pretenciosidad de su visitante. Era algo inaudito que un viejo harapiento, probablemente un mendigo, se aproximara a las puertas del rey para solicitar una audiencia privada. El visitante no pudo dar el santo y seña pues no los conocía. Este es un buen momento para advertir cuánto se engañan aquellos que piensan que los magos tienen poderes sobrenaturales como los de leer la mente o levitar a voluntad. Los magos, en particular los hechiceros negros, tienen muy poco poder. Su poder les viene de la oscuridad y, en cierto modo, son esclavos de ella, puesto que la oscuridad, que se manifiesta cuando se la solicita, no se somete a la voluntad del solicitante sino que sólo consiente en ayudarlo a lo que le conviene. No obstante, el mago se mostró tan vehemente en su solicitud que uno de los guardias fue a llamar a su capitán, el jefe de la guardia, para que tomara una decisión respecto de aquel viejo. El capitán, soldado valiente y aguerrido de nombre Pechodepiedra, era un hombre más acostumbrado a obedecer y transmitir órdenes que a decidir por sí mismo, así que llevó la noticia del extraño visitante al rey.

Gamoenasta se encontraba descansando en ese momento y la reina, Aveennido, recriminó al capitán el molestarlo por tan insignificante asunto. El rey, sin embargo, se alegró de poder resolver el problema de uno de sus súbditos, más aún por ser uno de los más humildes según anunciaban sus ropajes. Gamoenasta se acercó a la posición de los guardias envuelto en un grueso abrigo de piel de oso. Los guardias le señalaron al mendigo desde su almena, un pequeño quinto torreón de la fortaleza situado justo sobre la puerta de entrada.

-¿Qué quieres de tu rey, buen hombre?- preguntó el rey amable y solícito.

En respuesta, aquel indeseable, no contento con turbar el descanso del rey le dirigió estas ofensivas palabras:

-Rey Gamoenasta, tú que eres grande con mi consentimiento y escoria sin él, te doy tres días para entregarme las llaves de tu castillo y el poder sobre tu reino y tus súbditos. Si no atiendes a mi solicitud la sangre empañará vuestra tranquilidad.

Murmullos ofendidos se elevaron desde la almena donde se encontraba el rey. Muchos cortesanos lo habían seguido hasta allí curiosos por ver a aquel mendigo suplicante. Ahora, de todas sus gargantas brotaban palabras indignadas. El capitán le susurró al rey que aquel no era sino un pobre loco y todos se echaron a reír. El rey aplacó a sus súbditos y se dirigió al hombrecillo iracundo que gritaba desde el pie de la puerta.

-Buen hombre -empezó conciliador-, ¿qué fin persigues con tus amenazas? ¿No estás contento con nuestro justo gobierno? Expón tus quejas y, si has recibido injustamente alguna ofensa, yo repararé y compensaré todos los errores.

Entonces el mendigo, el negro hechicero, pronunció dos frases que los habitantes del reino no olvidarían durante mucho tiempo:

-Te equivocas rey, sólo persigo tu poder. Tienes tres días para cederme tu lugar antes de que los muertos se levanten de sus tumbas.

Dicho esto, el viejo harapiento dio media vuelta y comenzó a alejarse del castillo. En la almena, los cortesanos se reían, divertidos por las ocurrencias de aquel demente. Ni siquiera el prudente rey tuvo en cuenta las amenazas. Gamoenasta volvió a su reposo y los cortesanos y soldados olvidaron el incidente. Lástima que no hubiera un mago en la corte. Lástima que el sabio Ojodebúho hubiera abandonado la fortaleza buscando nuevos conocimientos. Tal vez alguien versado en los libros antiguos habría sabido reconocer el bastón de mando y las amenazas de un hechicero.

El brujo retornó a su círculo y su figura, volvió a clavar el bastón en el centro de la estrella y se tumbó a descansar sobre un jergón lleno de sucia paja. Mirando las hermosas torres del castillo en lontananza se quedó poco a poco dormido, envuelto en su raída capa, con una malvada sonrisa en los secos labios.

Durante los tres días que sucedieron a la inesperada visita nadie en el castillo se acordó del viejo nigromante. Fueron tres días perfectamente normales en los que no sucedió nada extraordinario. El

día del mercado fue espléndido, lleno de Sol y comerciantes. Vinieron, además, unos cómicos que aquella noche divirtieron al rey y a la corte con sus chanzas y juegos. El amanecer del tercer día no presagiaba nada extraño, a pesar de lo cual grandes prodigios se observaron en el cielo y la tierra.

Empezaba a caer la tarde cuando todo sucedió. El mago trazó una línea en el suelo con el bastón de mando. La línea atravesaba la estrella desde un vértice al extremo opuesto, que coincidía con el hueco entre dos puntas. Clavó nuevamente la vara de roble en el centro y pronunció su pérfido discurso. Sus ojos miraban un horizonte hasta entonces límpido y en él veían cosas que nadie más podía observar. Sus labios se estremecieron con el discurso y de su boca brotó una especie de cántico. Con voz tenue y extrañamente armoniosa comenzó a desgranar una sutil melodía, llena de palabras desconocidas heredadas de un pasado remoto. Era el lenguaje de los demonios y de los espectros, la lengua ancestral de los hombres. Aquella especie de cantilena incomprensible era agradable al oído, no parecía el resultado de la simple voz humana. El mal, hay que advertirlo, no siempre muestra su horror claramente sino que es capaz de esconderse detrás de la belleza; esto es lo que lo vuelve atractivo, aun para la buena gente, cuando se deja llevar por su encanto.

El brujo agitó el bastón alrededor de su eje. Lo inclinó sin sacarlo de su agujero y lo movió ritualmente, al compás de su sobrenatural plegaria. De repente, un tenue hilo de luz brotó del extremo libre del bastón. Primero fue un leve destello azulado, después se convirtió en un haz continuo que se prolongaba hasta el cielo. Aún no era de noche, pero el cielo se volvió oscuro al instante. Negras nubes ocultaron el sol de poniente. Una oscuridad antinatural cubrió el azul del cielo. La maléfica luz que brotaba del bastón parecía responsable de aquel efecto. Más aún, la luz quizá no partía del bastón. Daba la impresión de que el bastón era un sumidero donde se absorbía el bello azul de la tarde dejando en su lugar aquella misteriosa oscuridad. Las bestezuelas del campo, las aves e insectos, quedaron mudas. No había movimientos en los bosques, el viento cesó. Daba la impresión de que toda la naturaleza enmudecía de horror ante aquel prodigio.

Imperceptiblemente, el bastón fue adquiriendo una tonalidad diferente. El oro de sus abrazaderas se tornó opaco y mate, su madera se volvió gris y luego negra. La oscuridad del cielo se concentró en los

bordes del bastón. Sus contornos quedaron marcados por una negritud impenetrable. Poco a poco la oscuridad se fue ampliando hasta formar un rectángulo que se extendía a los lados y por encima del bastón. Parecía la boca oscura de una gruta tenebrosa, pero sus perfiles y sus ángulos estaban tallados a cincel, rectos y definidos. Una puerta oscura ocupaba ahora el lugar del bastón. El silencio envolvía la campiña. La oscuridad del cielo era casi absoluta, en el suelo todo era pardo y difuso. Pero el haz azul que unía el cielo y el bastón aún permanecía rompiendo la oscuridad, anunciando una negrura aún más profunda. El hilo de luz fue perdiendo intensidad paulatinamente. A la par, el cielo se volvía más negro y oscuro. Extraños rumores empezaron a surgir de las profundidades de la puerta negra que rodeaba el bastón, mientras el suelo se estremecía como si su superficie fuera a quebrarse por algún cataclismo interior. Cuando el rayo azul desapareció y todo quedó en la oscuridad, llegó el momento esperado por las sombras para hacer su aparición. La puerta negra se iluminó de repente con un cegador destello blanco. La claridad que brotaba de la puerta era pálida y fría. El mago permanecía en el centro de la estrella, protegido de las sombras y dispuesto a dominarlas con su maléfico poder. El rumor se hizo más audible y dio paso a un sonido de risas y gemidos, lamentos, gritos estridentes y burlas. La puerta volvió a quedar negra y en sus contornos permaneció un mortecino halo amarillento. Un hálito pútrido brotó desde la puerta, acompañado del sonido de pasos arrastrándose. Eran el olor de la muerte y el sonido del horror. Para cuando el hechicero concluyó su plegaria, la primera figura de un espectro se dibujaba en el quicio de la puerta. Tras la cantilena quedó el silencio expectante, tras el silencio vino la algarabía de los renacidos. Del vano de la puerta surgió la figura contrahecha de lo que una vez había sido un hombre.

El monstruo tenía el aspecto de un hombre desfigurado, con los rasgos difusos y desdibujados. No parecía sólido. Sus contornos vibraban al caminar como si estuviera hecho de gelatina. Tras el primer espectro vinieron otros. Todos eran semejantes pero distintos. La mayoría tenían el aspecto de guerreros. Muchos aún vestían los restos harapientos de lo que fueron armaduras, cotas y jubones. Casi todos iban armados con lanzas y espadas. Poco a poco se fue formando un ejército demoníaco que se extendió ordenadamente alrededor del brujo negro hasta ocupar toda la explanada.

Aquella negra abertura era verdaderamente un pórtico que comunicaba el mundo de los vivos con el de los espectros. A través de aquella puerta continuó el flujo ininterrumpido de monstruos ante la complacencia del nigromante. La mirada del brujo denotaba ambición y locura, la de sus demoníacos esclavos era vacua y opaca. Todas las figuras se movían mecánicamente. Parecían no tener voluntad ni vida. Se movían obedeciendo a una voluntad ajena que no era tampoco la del mago. Al caminar parecían deslizarse más que mover los pies. Era un ejército sin vida pero tumultuoso. Miles de voces estridentes se elevaban entre los espectros. Pero no se trataba de resucitados sedientos de sangre. Su alma los había abandonado hacía mucho tiempo. Ahora sólo tenían la apariencia de vida. Las risas y gritos no eran suyos sino de los demonios que los animaban. Por ventura, el mal rara vez puede disponer de las almas de los hombres. Ya es demasiado perverso que esclavice los cuerpos y voluntades como para que también disponga de los espíritus.

El oscuro mago dio órdenes a los espectros utilizando la misma lengua cantarina con que los había congregado. Con un brillo demoníaco en los ojos, dirigió la vista hacia la fortaleza y señaló con su magro dedo en aquella dirección. Lentamente, como si el apresuramiento fuera tan innecesario como inevitable era el destino que los guiaba, los espectros comenzaron a desfilar hacia el castillo en diabólica formación.

El rey, sus soldados y cortesanos observaron aterrados desde el castillo la lenta marcha de los monstruos. Aquella tarde llena de prodigios había asustado tanto a los caballeros como a los campesinos. Cuando cayó sobre el reino la repentina oscuridad, las gentes abandonaron sus casas para observar aquel temible maleficio. Los campesinos, siempre supersticiosos, se encerraron después en sus hogares. La gente de las ciudades se protegió tras las paredes de sus murallas. Los aldeanos que moraban cerca de la fortaleza del rey acudieron a pedir refugio en ella cuando contemplaron el lento desfilar de los impasibles fantasmas.

Nadie en el reino recordaba presagio más terrible que aquella repentina oscuridad. Nadie dudó de que una espantosa desgracia iba a cernirse sobre el reino. La gente que pudo observar el desfile de los espectros tuvo la seguridad de que se aproximaba el fin. Cientos de plegarias fueron elevadas al cielo en esos momentos por las gentes del

reino. Algunos pedían la salvación de sus vidas, otros sólo la de sus almas.

Desde el castillo la perspectiva era aún más horrible. Se podía observar toda la explanada cubierta por el ejército de demonios. Interminables columnas avanzaban estrechando el cerco alrededor del castillo. La fortaleza era su objetivo. Los castellanos temblaban mirando al suelo y no hallaban consuelo, como otras veces, en el cielo, negro como su futuro. Pronto los espectros llegaron casi hasta los muros del castillo. Extraños gritos y alaridos se elevaban desde las huestes de monstruos.

El rey Gamoenasta organizó las defensas. Se acercaron al borde de los muros las máquinas de guerra, los arqueros ocuparon su lugar y los guerreros de la guardia esperaron su oportunidad de atacar o defender el castillo pie en tierra.

-Majestad, los monstruos caen abatidos por nuestras flechas- exclamó el capitán Pechodepiedra, confesando en voz alta el alivio de toda la tropa al comprobar que su extraño enemigo era vulnerable.

El interminable ejército no retrocedió. Aunque los guerreros que formaban la primera línea caían una y otra vez bajo las flechas de los defensores, los que se mantenían en pie seguían avanzando imperturbables. Una pila enorme de cuerpos inertes, grises y blandos, crecía a los pies de los muros, elevándose contra las paredes.

Gamoenasta se dio cuenta de que, si no repelían el ataque de un modo definitivo, el enemigo alcanzaría las almenas subiendo sobre los cuerpos de los compañeros muertos. Así que, movido por este temor y confiado por el hecho de que ninguno de sus soldados había sido muerto por las extrañas criaturas, ordenó a Pechodepiedra que cargase con su guardia contra ellos. Los soldados obedecieron. La puerta se entreabrió lo suficiente como para que la cuña de hombres avanzara entre los monstruos y luego se cerró tras ellos.

Pechodepiedra y sus hombres cargaron con fuerza contra los espectros. Aquellas criaturas espantosas se deshacían blandamente ante los mandobles de los soldados. Animados por la facilidad con que caía el enemigo, se aventuraron más adentro en sus filas, avanzando despreocupadamente. Entonces se elevó el clamor de risas y gritos de los espectros. Los soldados estaban rodeados por todos lados por los monstruos. Aquellas figuras frágiles y blandas alzaron sus armas y descargaron golpes de fuerza insospechada sobre los soldados de la guardia. Pechodepiedra sintió que sus fuerzas flaqueaban. Vio como sus

compañeros iban cayendo uno a uno ante aquella fuerza sobrenatural. Cada vez que un soldado moría se oía una carcajada espantosa entre las filas enemigas.

Pechodepiedra ordenó a sus hombres que retrocedieran hacia las puertas del castillo. Pero ya era demasiado tarde. Él mismo fue abatido. Un monstruo de enorme estatura, que llevaba sobre su cabeza los restos de un casco montañés, descargó un tremendo hachazo sobre la espalda del capitán. Pechodepiedra cayó fulminado al instante. Se había consumado una suerte de venganza inconsciente. El espectro de un antiguo rey de los hombres del monte había vencido a un capitán de la guardia real.

Los soldados supervivientes se esforzaron por contener al enemigo y regresar hasta las puertas. A su alrededor podían ver las figuras de millones de espectros. Aquellos engendros habían sido soldados en otros tiempos. Algunos aún vestían las cotas de los ejércitos de Pezenred y, sin embargo, estaban cargando contra los descendientes de sus hermanos, tal vez contra sus propios hijos. Pero no eran esos honorables guerreros los que los atacaban. Aquellos hombres murieron tiempo atrás y sus restos se movían ahora bajo las órdenes del mal.

Un exiguo grupo de soldados consiguió alcanzar los portones de piedra. El rey, que había contemplado espantado la escena, dio orden de que se entreabrieran las puertas para salvar a aquellos valientes. Los soldados pasaron al interior trabajosamente. Tres de sus compañeros se sacrificaron para retener al enemigo y así los hombres de dentro pudieron cerrar las puertas de nuevo. Un pequeño grupo de espectros se había deslizado al interior tras los guardias. Los aguerridos soldados se volvieron y acabaron con aquellos fantasmas.

La desesperación, no hace falta decirlo, había hecho presa de todos y cada uno de los castellanos. Aquel enemigo infinito los tenía rodeados y proseguía su marcha incansable e inexorable contra el castillo. Si no hubiera sentido la necesidad de transmitir ánimos a sus hombres, el rey habría rasgado sus vestiduras y habría vertido cenizas sobre sus cabellos en señal de duelo por el triste futuro del reino.

Hay que señalar aquí que todas las fuerzas del mal se habían concentrado sobre el castillo. Esto salvó a todas las poblaciones pequeñas y desprotegidas del reino de una más que probable destrucción. Ocurría que el brujo era un loco o un malvado, pero no un imbécil. Quería someter a las gentes del reino a su poder, pero si

hubiera desatado una guerra total contra los habitantes del país no habría tenido súbditos ni esclavos sobre los que gobernar tras su triunfo. Sabía que la llave del reino era la fortaleza y a ella dirigió todas sus fuerzas.

De cualquier modo, las gentes del lugar permanecieron encerradas en la aparente seguridad de sus hogares, espantados por las noticias que algún valiente traía acerca del asedio al castillo por aquellas huestes del infierno.

El ataque prosiguió de forma ininterrumpida durante casi ocho horas. Los arqueros se veían sin flechas, todos los hombres estaban agotados. Las gentes del castillo habían vertido aceite hirviendo sobre los monstruos, los habían bombardeado con piedras, pero aquellos seres proseguían inmutables su avance, por más que alrededor del castillo estuvieran tendidos los cuerpos inertes de millones de compañeros suyos.

Los cuerpos de los muertos desaparecían inexplicablemente al cabo de pocas horas, tanto los de los monstruos como los de los soldados caídos. Nadie sabía a qué se debía aquel fenómeno extraordinario, pero la sucesión de prodigios había hecho que ya nadie se sorprendiera ante las nuevas maravillas.

Cuando el rey y sus hombres estaban exhaustos se produjo una breve e inesperada tregua. Desde lejos se oyó la voz del viejo brujo. Sonaba con una calidad portentosa, obra de sus maléficos poderes.

-Rey Gamoenasta, te lo advertí -anunció-. No tienes opción; entrégame tu reino y sé mi esclavo. Tú y tus hombres podéis escoger entre morir y vivir para mí. Mi ejército es invencible.

El rey reconoció la voz del viejo mendigo y recordó sus amenazas, que parecían los vanos desvaríos de un loco. Comprendió su error. Aquel hombre era un poderoso mago. Él había provocado aquella hecatombe. Debían haberlo matado cuando se aproximó al castillo por primera vez. Ahora no había escapatoria. Aunque, ¿quién iba a sospechar...? Pero no, no podía entregar su reino a aquel malvado. Entre morir y vivir bajo su poder sólo había una elección:

-Jamás entregaré mi gente a tu ignominioso poder -anunció el rey.

Se oyó entonces la terrible carcajada del mago y los espectros continuaron su lento desfile. El brujo podría haber forzado la decisión del rey tomando prisioneros de sus aldeas o amenazándole con su

masacre, pero parecía disfrutar más con aquel cerco sangriento. Se sabía vencedor y no temía por el fracaso.

A la mañana siguiente, tan oscura como lo habían sido la tarde y la noche de la víspera, las huestes del brujo habían alcanzado las almenas del castillo. Los cuerpos de sus compañeros se habían seguido acumulando a los pies de los muros y alcanzaban ya las zonas altas de las almenas. Los espectros caminaban imperturbables sobre los cuerpos de los caídos. Su único objeto era apoderarse del castillo.

El nuevo capitán de la guardia era el joven Filodestoque, descendiente de uno de los más bravos generales del antiguo reino. Él organizó las defensas y fue capaz de contener el interminable asedio al castillo. Pero, tarde o temprano, el agotamiento o la desesperación los derrotarían. Los enemigos aparecían uno tras otro sobre los muros de la fortaleza.

Era espantoso observar a los espectros que atacaban. Eran los restos de antiguos y valerosos guerreros. Aquellos guerreros habían defendido al reino contra sucesivas amenazas y ahora iban a ser artífices de su ruina. Los soldados del rey se esforzaban por apartar de su cabeza todo pensamiento que no fuera el de seguir luchando. Las incontenibles hordas parecían no tener fin. Entonces apareció frente a Filodestoque la figura del que fuera Pechodepiedra, otrora bravo comandante de la tropa, ahora convertido en espectro. Filodestoque sintió vacilar su ánimo. Ese era su futuro, convertirse en siervo de la destrucción. Pechodepiedra lo atacó y tuvo que reaccionar para detener el golpe. Pechodepiedra todavía conservaba la consistencia de la vida, aunque su tez estaba ensombrecida por la palidez de la muerte. Filodestoque se dio cuenta de que Pechodepiedra presentaba un gesto crispado, de tremendo sufrimiento, como si aquel cuerpo todavía se debatiera por su libertad. Pechodepiedra lanzó un nuevo ataque que le hizo poner toda su habilidad en la defensa. El bravo capitán seguía siendo tan fuerte y hábil como antes.

-¡Filodestoque! -dijo el monstruo, y su voz sonó como la del capitán-. Antes de que me mates tengo que hablarte. Mi alma aún no ha abandonado este cuerpo del demonio. Antes de irme debes oírme. Sólo hay una forma de derrotar a los monstruos. Yo he estado en su infierno y la conozco. El brujo ha abierto una puerta de la que brotan las hordas de espectros. Cuando un espectro es abatido o un hombre muere, vuelve a incorporarse a las filas de ese ejército, por eso no se puede acabar

con ellos. La única forma de vencer es cerrar la puerta. ¿Me entiendes?
¡Cerrar la puerta!

En ese momento, Pechodepiedra soltó un último gemido. Su alma había abandonado aquel cuerpo miserable, o quizá los demonios habían vencido sobre el espíritu del hombre. Se oyó una carcajada triunfal, la mirada del espectro se volvió opaca y el que fuera Pechodepiedra se cernió violentamente contra Filodestoque. El joven capitán se hizo a un lado y ensartó al monstruo con su espada. No sintió misericordia. Dio órdenes a sus hombres y se marchó corriendo a ver al rey.

-Tengo un plan, majestad. Sé cómo podemos vencer -gritó según entraba a la sala del trono, donde meditaba cabizbajo Gamoenasta.

Le contó el encuentro con el viejo y fiel capitán. Las hordas de monstruos eran interminables. Los monstruos que desaparecían volvían a levantarse. Los soldados muertos se convertían en monstruos.

-¿Dónde está, pues, la esperanza? -preguntó entonces Gamoenasta derrotado.

Filodestoque sonrió sin malicia y anunció su plan. La fortaleza aún no había sido conquistada y podía volver a ser inexpugnable. Una vez asegurada la fortaleza él encabezaría el ejército de Su Majestad en pos de aquella puerta para cerrarla y concluir el desfile infernal. Y, ¿cómo pretendía asegurar la fortaleza? Era sencillo. Si los espectros habían alcanzado sus altas almenas había sido ascendiendo sobre las pilas de cadáveres de sus compañeros muertos que se acumulaban a ritmo mayor que volvían a la vida. Sólo había que dispersar los cadáveres para que la pila de espectros inertes descendiera de altura y devolviera la ventaja a los defensores de la fortaleza.

El rey, que no compartía el fácil optimismo de su joven capitán, admiró su determinación y consintió en su plan. Las nuevas órdenes fueron dictadas. No bastaba con impedir que el enemigo penetrase en el castillo, había que lanzar a los muertos al interior, detrás de los muros. Por extrañas que parecieran, las órdenes se cumplieron a rajatabla e, inesperadamente, ¡idieron resultado! La pila de cadáveres enemigos empezó a crecer en el interior a la par que descendía la del exterior y los espectros encontraban más trabajo para franquear los muros. También murieron muchos soldados, pero la situación parecía ahora menos desesperada. Los hombres de Gamoenasta esperaban a que los

monstruos hubieran sobrepasado los muros del castillo para descargar su ataque. Era más peligroso para ellos, pero no había otro modo de lograr que los enemigos caídos quedaran en el interior. Al cabo de largas horas, las almenas quedaron fuera del alcance de los monstruos. Los arqueros se abstuvieron de disparar sus flechas. Era preferible tener un enemigo sinnúmero al pie de los muros que luchar contra él y facilitarle el ascenso.

Aquello no era una victoria. Los muertos del interior desaparecían en poco tiempo para engrosar el ejército fantasma. La situación no era sostenible en esos términos. El cerco permanecía inalterado y no sólo podrían caer derrotados por las armas sino también por el hambre, la enfermedad o el desfallecimiento. Así que Gamoenasta no tuvo otro remedio que ordenar que la segunda parte del plan de Filodestoque se llevara a cabo. El rey reunió a todos los soldados sanos o en condiciones de luchar. Eran su última esperanza. Los soldados heridos, los niños y viejos, los jóvenes y mujeres deberían defender el castillo. Si Filodestoque fracasaba, el reino estaba perdido.

Los soldados formaron en compacta grey. La determinación se podía leer en sus rostros ceñudos. Filodestoque los arengó, las puertas se abrieron y ante ellos apareció el mar de enemigos que los separaba de la puerta del infierno. Al grito de guerra de Filodestoque, todos los hombres cargaron con todas sus energías contra el enemigo, siguiendo a su valeroso capitán.

Al principio, el frente de enemigos cedió. La fuerza de los soldados del reino parecía irrefrenable. Pero el enemigo infinito pronto retomó su ventaja. Los soldados avanzaban, pero el agotamiento hacía presa en ellos. Uno tras otro, los hombres de Filodestoque iban cayendo y la ordenada hueste veía detenidos su impulso y su avance.

Entonces se observó un breve signo favorable en el cielo. Un tenue haz de luz solar rompió un instante la oscuridad. Pero la negrura volvió a cerrarse al momento sobre aquel destello. La esperanza había vuelto a ser frustrada. Pero no. De repente se hizo audible un seguro galopar. El brillo en el cielo había sido causado por aquel galope intenso procedente de las alturas. Un brioso caballo negro descendía corriendo desde el cielo. El color negro no es solo el del mal, también puede ser un color de pureza, sobriedad y austeridad. En su grupa cabalgaba el viejo Ojodebúho, procedente de lejanas tierras. El viejo sabio era también un mago poderoso, pero un mago blanco. Enterado de los peligros que se

cernían sobre el reino, había regresado a prestar su ayuda. El buen mago descendió al suelo y se situó al frente de las huestes de Filodestoque. Ojodebúho tampoco era omnipotente, pues, ¿quién puede presumir de serlo?, pero su ayuda fue fundamental para los soldados. En la mano del mago brillaba una especie de cetro. Era el llamado Tallodeacero, poderoso talismán. De la barra de metal, lisa y recta, sin dibujos ni estrías, brotaba un magnífico resplandor blanquecino, un rayo de fuerza que espantaba a los espectros a su paso y los derretía a su contacto. La apretada cuña pudo avanzar por entre las huestes enemigas. La fuerza del talismán y los poderosos mandobles de los soldados, una vez renacidas su esperanza y sus fuerzas, abatían enemigo tras enemigo.

Entonces se les hicieron visibles tanto el viejo nigromante como la oscura puerta. Al aproximarse a ella, el fulgor de Tallodeacero desapareció.

-Tallodeacero no puede aproximarse más al mal -anunció el buen Ojodebúho-. Avanzad sin mí. Yo os seré más útil conteniendo aquí atrás al enemigo.

Filodestoque gritó a sus hombres, exaltándolos para la batalla final. En torno al negro pórtico se apretaban los más temibles demonios, los soldados fantasmas más aguerridos y espeluznantes. Filodestoque no se rindió. Lo animaba una fuerza casi sobrenatural. Y es que, a veces, la voluntad hace que los simples mortales remonten y superen sus propias limitaciones. Sus soldados avanzaban sin desfallecer, aunque caían uno tras otro ante el poder demoníaco del enemigo. Filodestoque no se dejó vencer. Ante su firme puño, la oscura grey espectral flaqueaba. Los golpes de las espadas de los hombres eran recios y seguros. Filodestoque cortaba cabezas y cuerpos de un sólo mandoble. Por primera vez el negro brujo tembló. Había subestimado la fuerza de los hombres. De nada sirvió que ante Filodestoque y sus guardias se situaran los espectros de Pechodepiedra y los soldados caídos. Filodestoque avanzó y avanzó. El agotamiento no existía en la exaltación del momento. El único descanso sería la victoria, o la derrota. Filodestoque llegó al lugar del brujo y le rebanó de un tajo el cuello antes de que pudiera poner en práctica sus oscuros conjuros. Se acercó a la ignominiosa puerta y obligó a los espectros a retornar a su interior a fuerza de golpes. No le desanimaron el mortal resplandor de sus bordes ni el pútrido olor. Poseído por extrañas fuerzas, asestó un nuevo golpe con su miserable espada material y rompió el espíritu de aquel conjuro.

Un fregonazo anunció que el bastón de mando había sido quebrado. La puerta se cerró sobre sí misma acompañada por un estertor agónico de sus demonios. Una explosión de luz brotó del lugar ocupado por la puerta. La cegadora luz borró la estrella maléfica del suelo, redujo el bastón a intangibles virutas y arrastró a Filodestoque y sus hombres tras de sí.

El joven capitán perdió por un instante el sentido. Cuando volvió en sí se levantó de un salto, dispuesto a enfrentarse a todos los espectros que pudieran quedar. No hubo necesidad de ello. El capitán se dio cuenta de que seguía en pie en el mismo sitio. A su alrededor sus hombres observaban alucinados el siniestro espectáculo. Los espectros, una vez cerrada la puerta que los animaba, se deshacían sobre sus blandos pies. Desaparecían y eran arrastrados por hermosos ríos de luz. Los demonios que no habían podido retornar a su hogar gritaban espantados y eran destruidos por la luz. El cielo retomaba poco a poco su color azul, dejando a un lado la oscuridad. El Sol apareció brillante y, apenas en un instante, los espectros habían desaparecido. Todo parecía un sueño. Sobre el suelo sólo se extendían los cadáveres de los soldados muertos y el cuerpo inerte del brujo. El rostro del nigromante mostraba un gesto crispado de terror, como si su derrota y su muerte lo hubieran arrojado a un terrible infierno que bien habría merecido.

Entonces Filodestoque se dejó caer de rodillas, apoyado en la cruz de su espada. Estaba exhausto. Los sobrevivientes estaban caídos agotados a su alrededor, pero todos sonreían a la nueva vida. Ojodebúho permanecía magnífico sobre su caballo, descendió de él y le dio permiso para marcharse. El corcel, cuyo nombre era Cascodecielo, se elevó entre las nubes y se alejó.

Horas más tarde, los soldados se encontraban de regreso en el castillo. Fueron recibidos con gran algarabía. Aquella noche en todo el reino se celebró una magnífica fiesta para disfrutar la victoria. Habría que reconstruir muchas cosas, pero la paz aliviaba todos los sufrimientos. Las celebraciones fueron especialmente alegres en el castillo. El rey Gamoenasta, henchido de agradecimiento y, también hay que decirlo, lleno de cálido vino, ofreció a Filodestoque la mitad de su reino y la mano de su hija. Filodestoque no aceptó ni lo uno ni a la otra. Era un servidor y no aspiraba a tan grande poder y, por otro lado, estaba enamorado de la bella Flordesol, con quien iba a casarse, y no pudo aceptar a Isabella.

Todo volvió a la normalidad y la gente pudo recuperar la alegría. Filodestoque y Flordesol se casaron. Ojodebúho volvió a viajar y no ejercitó más sus grandes poderes. Gamoenasta casó a su hija con un hermoso príncipe del país vecino y pudo pasar su vejez tranquilamente una vez puesto el gobierno en manos de Islabella y su consorte, el futuro rey Verdeprado. Esta historia no acaba aquí, pues el mundo sigue girando y las gentes viven nuevas aventuras, pero es un buen momento para concluir la pues hemos alcanzado el punto en que se dibuja un bonito final feliz.

Así pues, aquí concluye la crónica de la gran aventura que sucedió en aquel bello país cuando el negro brujo se enfrentó a la paz del reino.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LA MÍSTICA DE LA ROSA

La mística de la Rosa es sencilla,
es frágil, es incolora, es turbulenta
se basa en la crueldad de que algo tan bello deba tener espinas.

Se basa en la desconfianza de que alguien sepa apreciarla sin llegar a poner sus manos en tan preciado cáliz.

Se basa en el sacrificio de soportar el vegetal estoque con nuestra carne a cambio del virginal beso a los sentidos que supone su contemplación más estrecha.

Y por último se basa en el amor, en el amor de quien no teme al estoque porque no lo siente, ya su alma y su corazón anestesiaron a su razón.

Crueldad, desconfianza, sacrificio y amor.

He aquí y por este orden, que se desarrolla la mística de la Rosa.

Juan Carlos Jiménez Moreno

Ya ha atardecido el corazón

Luis Rosales

No pienso. Vivo mejor
ahogándome el llanto con la sábana
mordiéndome el dolor,

arrancándome la herida,
la llaga; la oscura y roja llaga.
Pero no hay peor vencido
que el voluntario, el que se vence
a sí mismo, el que se ahoga
en una sola lágrima de mentira.
Resisto como puedo
esperando que llegue el ocaso,
en silencio,
sabiendo que para entonces,
también mi corazón habrá atardecido.

Narciso Tuera

DE COMO LA SOCIEDAD NOS CONDENA AL INMOVILISMO (II)

Entre la suerte de tiranías y dictaduras que nos someten al
inmovilismo, estas son las dos más influyentes:

-La moda

-El ridículo

La moda no es un fenómeno esporádico, ni una coincidencia de
ideas, es simplemente una manera de incitar al consumismo pero dentro
de un ciclo. De manera que lo de hace un año sea viejo y lo de hace cinco
sea viejo. Pero ¡cuidado!, lo que está de moda no puede ser demasiado
extravagante como para que las multinacionales no puedan controlarlo, ni
ese control debe ser demasiado obvio, por eso se inventan los
diseñadores que no son otra cosa que las putas del arte. Incluso a veces
se llegan a inventar una ideología sacada de algunos "intelectuales" de
conocido renombre como "Nirvana", "Guns and Roses", etc...Hasta en eso
hemos empeorado, antes la gente se inspiraba en poetas y escritores y
ahora sólo en grupos de rock, que lo que deberían hacer es cantar poesía
pero no intentar inculcarla con sus "interesantes" vivencias.

El ridículo que no es otra cosa que el freno ante posibles
innovaciones y aberraciones de la creatividad. Hacer el ridículo no es
más que hacer algo que la gente ve como anormal y hacer algo normal es
lo que le han hecho creer a la gente que lo es. Probablemente ir vestido
con plumas y pintado de colores el cuerpo sea ridículo en nuestro mundo,

pero ir con el pelo lleno de algo pegajoso, llamado gomina, y una soga al cuello que no abriga nada, llamada corbata, es bastante ridículo en otras partes del mundo. El ridículo es, pues, algo que está en la subjetividad colectiva y tenerle miedo es tenerle miedo al cambio en el mundo.

"No hay ser más ridículo que el que se engaña a sí mismo para complacer a los demás".

Juan Carlos Jiménez Moreno

RECONFORTANTE TRISTEZA,

compadécete de un antiguo vasallo, sácame de estas insípidas y pueriles aguas de la alegría, llévame a tus tranquilos lagos rodeados de árboles de otoño eterno y hojas de pensamientos perennes, llévame a la sombra de los acantilados de la diurna melancolía, sácame de este cuadro naif sin sustancia posible y llévame lejos de las risas de las hienas que no me dejan oír a las musas de mi aburrimiento.

Juan Carlos Jiménez Moreno

LAS COLUMNAS DE HÉRCULES

Creo que estar entre el Olimpo y la Tierra proporciona una cierta perspectiva de las cosas que no se puede tener cuando la pureza te sitúa en uno de los dos mundos. Yo que no soy verdadero hombre pero tampoco verdadero Dios os puedo confesar, sinceramente, la grandeza del hombre.

Sois afortunados, sin duda. Más de lo que creéis. No hablo de vuestros problemas ni de vuestra miseria. Esos nadie os los puede envidiar. Recordad que yo también los he padecido. Me refiero a algunas cualidades humanas que ni siquiera los dioses poseen. La limitación humana es, al menos en parte y desde mi punto de vista, la fuente de algunas de sus virtudes.

¿A qué me refiero?, os preguntaréis. Recordad que yo he sido humano y también dios. Semidiós, me dicen, fruto de una especie de mestizaje, menos antinatural de lo que se pueda pensar. Pero no quiero hacer aquí una apología de mi condición sino de la vuestra. ¿Qué ventajas otorga al hombre su miseria, su finitud?, os preguntaréis. Mi opinión no tiene por qué ser certeza, no en vano soy en parte hombre,

pero me parece que hay, entre otras, una fundamental: la capacidad de sorprenderse. Quizá nunca lo habéis pensado, pero los dioses no poseen esa virtud. Ellos -nosotros, no me olvido de incluirme en lo que me corresponde- son infinitos y omniscientes. Lo saben todo, lo incluyen todo. No es malo; tampoco tiene por qué ser mejor que vuestra duda perpetua. ¿Dónde cabe en la omnisciencia la curiosidad? Si los dioses pueden soñar es sólo porque se olvidan de que lo son. Para un dios la creación no es tal, es más bien una especie de parto, un alumbramiento de algo que siempre ha contenido en su interior. Vosotros, muchas veces, habéis convertido a los dioses en vuestros superhombres, con sus defectos y virtudes. Los dioses, si pudieran, tal vez os envidiarían en algún momento vuestra humanidad.

Un hombre puede soñar, puede imaginar, puede pensar que descubre, puede sorprenderse y satisfacer su curiosidad. Siempre mira más allá porque sus ojos son cortos de vista y su mirada no puede abarcar más que una porción de aquello que se encuentra ante sus narices. Ante esta limitación sólo hay una posibilidad de escape: la imaginación, el viaje más allá de uno mismo que le lleva a otros lugares u otros pensamientos. Tal vez sus pensamientos no sean en realidad originales ni creativos, pero su desconocimiento los hace nuevos. ¿Qué dios podrá aspirar nunca al descubrimiento? No conoce ese concepto. Yo sí, y sé que la visión de lo nuevo, ya se vislumbra desde el propio interior o mirando alrededor, es una de las grandes alegrías de vuestra corta vida. Los dioses que os crearon pusieron en vosotros la miseria de la finitud y la grandeza de la curiosidad. Yo, a veces, añoro vuestra imaginación, porque una vez fue parte de mi existencia.

Muchas veces os habéis autodenominado reflejo divino y es cierto. Sois imagen y semejanza nuestra, pero no sois nosotros. Sé que tenéis muchas desventajas en la comparación, pero también nos superáis en algunas cosas. Vosotros tenéis creatividad. Tal vez no sea verdadera, puede ser tan falsa como la nuestra. Nosotros no creamos de la nada pues lo contenemos y conocemos todo. Vosotros sí podéis crear, o imaginar que creáis, puesto que vuestro pobre espíritu no puede contenerlo todo y siempre os encontraréis con lo nuevo y desconocido. Si queréis nos podéis crear y darnos apariencia de vida. Nosotros los dioses no podemos crear falsedades, vosotros sí. Y no hablo de mentiras sino de objetos intangibles, castillos en el aire. Vosotros podéis crear seres superiores y convencerlos de su existencia. Nosotros sólo podemos

dar a luz aquello que es o puede ser. Aunque ese aquello incluya todo lo que vosotros podáis crear, carece de vuestra capacidad de asombro. La creación divina es natural, la vuestra casi mágica. Ese don os han concedido los dioses: la oportunidad de asombraros ante la maravilla del mundo y lo desconocido que puede hacerse accesible y reinventarse de nuevo.

Ahora terminaré con un oráculo. La posibilidad de emplear un lenguaje críptico es una tentación para cualquier dios y yo no soy la excepción. Si es verdad que sois libres, vuestra sorpresa es una de las pocas cosas que no nos alcanzan a nosotros, pero, lo siento, no puedo aseguraros vuestra verdadera libertad. No es ese mi oráculo. Imaginad, imaginad por un momento, vosotros que podéis, al dios que todo lo contiene dividirse y multiplicarse, pasar del solo infinito a la multitud finita, pasar del conocimiento completo al infinito desconocimiento, a la capacidad de buscar. Es sólo una ilusión, pues el dios no puede dejar de serlo, pero la ilusión es agradable. Imagen y semejanza, esa es la idea. Pensad en ello.

Tengo mucho más que decir y contar, pero no aquí. Acordaos de nuestro Morfeo. En realidad es vuestro, puesto que se da a vosotros. ¿Os engaña? Posiblemente, pero, sinceramente, ¿os importa ser engañados a cambio de la posibilidad de vislumbrar mundos desconocidos? Yo recuerdo que no me desagradaba. ¿Qué fueron mis trabajos sino sueños de una imaginación?

No diré más. Uno no puede descender a su condición humana y mantenerse en ella indefinidamente. Prefiero quedarme a caballo entre lo divino y lo humano. Pero volveré a vosotros. Hasta entonces, adiós. Yo,
Hércules

He teñido mis gafas de color azul justicia,
he mirado con mis ojos de pupilas dilatadas por la vergüenza,
he pensado en mi alma como cómplice de lo que me repugna,
he tomado por la fuerza el pabellón donde anida mi cobardía,
pero sobre todo he teñido mis gafas de color azul justicia y ya
no puedo ver nada sin ellas.

Juan Carlos Jiménez Moreno

EL RETORNO

He despertado esta mañana obsesionado con el tiempo. Me he levantado perezoso y he entrado en el cuarto de baño guiado por esa mano invisible que ineludiblemente guía mi destino. «Estoy anclado a un momento del tiempo para toda la eternidad». Esto me he dicho mientras me lavaba los dientes y miraba mi rostro en el espejo. Pero no es sólo que este momento se repita a diario y se vaya a seguir repitiendo durante toda una vida. Es que además está condenado a repetirse infinitas veces dando vueltas sobre sí mismo como una noria. Nunca había tenido esa sensación tan fuerte de haber vivido ya este preciso instante: tengo los ojos medio cerrados, la barba espesa, la mirada perdida y melancólica, el cepillo de dientes en la mano... y estoy diciéndome a mí mismo:

«No quiero comenzar otra vez.

¿Cómo podría soportarlo?».

Todo vuelve a suceder. Todo se repite. Y si no recordamos sino pequeños detalles es porque la conciencia, como en los sueños, pone en marcha la autocensura sobre su propio conocimiento. Es un filtro que apenas deja pasar nada. Así nuestra vida parece adquirir cada vez el sabor de la novedad y de la aventura... Pero no debemos engañarnos. Nuestro destino es el boomerang que ya desde su salida tiene marcado el camino de regreso. Hay que amar la vida de forma que queramos volver a repetirla porque la noria da vueltas sin parar. Y aquí estoy yo, anclado a este preciso instante, melancólico y taciturno, con un cepillo de dientes en la mano. «He cumplido otra vuelta en la noria» me digo con nostalgia.

Narciso Tuera

" GEHENNA, EL VALLE DEL DIABLO "

Algo le hizo pensar que aquél día iba a ser distinto a los demás. No se equivocaba. Aquella sensación de tristeza, de soledad, que le había acompañado durante los últimos años, había desaparecido casi por completo. Sin embargo, no quería hacerse muchas ilusiones. No era la primera vez que experimentaba esa sensación de optimismo casi desmesurado.

Como de costumbre se había levantado con el tiempo justo. Se lavó la cara lo más rápido que pudo, se tragó el desayuno y echándose la ropa por encima salió a la carrera de su casa escaleras abajo.

No tuvo problemas en llegar a tiempo al trabajo. Llevaba casi tres años en la empresa y todavía no había llegado ni un sólo día tarde...aunque tampoco nunca había llegado ni un sólo minuto antes.

Para variar no hubo nada de especial en el trabajo. Números de cuentas, llamadas del jefe metiendo prisa, más números de cuentas, saldos... pero aquella extraña sensación que corría por sus venas le hizo estar en tensión todo el día. Cada vez que se abría la puerta de su despacho, miraba ansioso, esperando que ella apareciese.

Sin embargo, la hora de comer llegó y nada especial había ocurrido. Todavía quedaban muchas horas por delante, pero aquella extraña ansiedad le estaba pasando factura y comenzaba a estar más triste de lo habitual. Tal era su estado de ánimo, que decidió irse a comer por su cuenta sin esperar a ninguno de sus amigos de la empresa, los cuales ya estaban más que acostumbrados a aquellos desplantes.

El resto de la tarde transcurrió con una absoluta e insultante normalidad para los deseos de Carlos. Pensó en la sensación que tenía cuando se levantó y se sintió aún peor. Se dijo que aquel día sería uno más, que aquel día tampoco la encontraría...¿a quién?. Esa pregunta se la había hecho él una y mil veces y la respuesta era siempre la misma: a ella, se trataba de una chica ideal que sólo existía en su mente. Soñaba con esa mujer perfecta que desde los principios de la creación estaba destinada para él... pero todavía no la había encontrado, y lo que era aún peor, ya comenzaba a dudar si realmente existiría aquella mujer.

Contaba ya con casi veintisiete años, había rechazado a más de cinco chicas a las que no sólo había gustado, sino enamorado, si bien él nunca se pudo explicar cómo, pues jamás puso un especial empeño en ninguna. Y lo peor de todo es que la mayoría de las chicas que se habían enamorado de él pertenecían al grupo de amigos con el que salía todos los fines de semana, por lo que ya estaba acostumbrado a encontrarse con gestos de desprecio cada vez que cruzaba una mirada furtiva con alguna de ellas.

Lenta y pesadamente fueron cayendo primero los minutos, y luego las horas, hasta que por fin el timbre salvador sonó hasta en el último rincón de la oficina. Eran las siete de la tarde. Tenía casi dos horas por delante para ver, una semana más, a todos sus amigos de la Universidad. Como todos los días, en poco menos de cinco minutos, la oficina quedó totalmente desierta, después de que todos y cada uno de

los empleados se hubieran deseado una y mil y veces un feliz fin de semana.

No quiso perder la costumbre y fue el último en llegar. Nada más abrir la puerta de la cervecería alemana en la que solían quedar, se encontró con todos sus amigos. Sin embargo, al acercarse más, pudo comprobar con excitación que una de las chicas que había allí no le resultaba conocida. Sin saber porqué su corazón dio un vuelco y se puso a latir frenéticamente. Era algo inexplicable, ni siquiera podía verla la cara, pero algo le decía que era ella, era ella,...

-¡Hombre!, por fin, ya estamos todos" -dijeron casi al unísono sus amigos-

Sin embargo, sus oídos no oyeron nada y sus ojos no vieron... nada más que a ella. Como si el mundo se hubiese detenido a su alrededor, vio como aquella chica se daba lentamente la vuelta hasta clavar aquellos dos pedazos de cielo, aquellas dos gotas de agua extraídas de las profundidades del mar que eran sus ojos, en los suyos. Por un momento se sintió libre como un pájaro, volando en el azul de sus maravillosos ojos, libre como un pez nadando en las profundidades de su mirada...

-"Pero chico, ¿que te pasa?, encima de que vienes tarde te quedas ahí parado como un pasmarote".

Carlos no hizo caso de las palabras de Jaime y se dirigió recto hacia ella, ignorando a todos los demás, como si en el mundo no existiesen más que él y... ella.

-"Creo que no nos han presentado, me llamo Carlos" -y sin esperar respuesta la dio dos besos, rozando con sus labios la suave piel de su cara, dejando que su perfume le recordara para siempre aquel encuentro-

-"Yo me llamo Valle"- le contestó sin perturbarse para nada por el impulso de Carlos.

Hecha aquella extraña presentación, el grupo recuperó su normalidad, para disgusto de Carlos. Cuando intentó entablar conversación con Valle, ella ya estaba hablando con el resto de las chicas del grupo, y él se vio cogido por el brazo y arrastrado junto al resto de los chicos, comentando los partidos de fútbol de la pasada jornada. Normalmente aquello le gustaba, pero en aquél momento hubiera deseado escapar de allí con Valle, pero aquella no era la solución.

A pesar de los nervios que tenía, a pesar del temblor que recorría todo su cuerpo de la cabeza a los pies, intentó serenar su impulso y pensar fríamente.

«Me encuentro ante la oportunidad de mi vida», se dijo, «por fin la he encontrado, ya no tengo que buscarla, ni soñarla, ni esperar que se abra una puerta para que aparezca ella detrás. Ya la he encontrado. Ahora sólo he de intentar acercarme a ella».

Con estas palabras, encaminadas a buscar su propia tranquilidad se fue serenando poco a poco, e incluso una leve sonrisa apareció entre sus labios.

- "Bueno, y ¿tú que opinas del partido del Jueves?, no me negarás que fue todo un golazo".

- "¡Eh!, ¡ah!,... el gol, sí la verdad es que fue todo un golazo" -respondió Carlos sin recordar muy bien a qué gol se estaba refiriendo-.

Poco a poco comenzó a meterse en la conversación, aunque de vez en cuando se giraba disimuladamente para verla. «Es tan guapa... es ella, lo sé, por fin la he encontrado», se repetía una y otra vez.

Eran ya las cuatro de la mañana. Con un zumbido de fondo en los oídos y los ojos rojos por el humo, salieron de la discoteca a la que habían ido después de salir de la cervecería.

Carlos salió el último. Cabizbajo, se acercó al resto de sus amigos.

- "Todavía son las cuatro, ¿que os parece si nos vamos al sitio de la semana pasada?" -preguntó Manuel, seguro de que todos iban a decir que sí-.

- "Muy bien, me parece una idea estupenda" -respondió Alejandro en nombre de todos los demás-.

- "Yo me voy a casa" -soltó Carlos esperando las desaprobaciones de todos-.

- "Oye, si no te gusta el sitio, vamos a otro, no hay ningún problema" -le ofreció amistosamente Manuel, al que le daba lo mismo dónde fueran con tal de seguir de marcha-.

- "No, no te preocupes, no es cuestión del sitio, es que hoy hemos tenido muchísimo trabajo en la oficina y he terminado molido. Ahora mismo tengo un dolor de cabeza muy fuerte". - Era mentira, pero

sabía que era la única disculpa que podía poner para que le dejaran marcharse, aún así, insistieron-.

-“¿Quieres que te lleve en coche a tu casa?” -le ofreció cortésmente Manuel-.

-“No, muchas gracias, creo que me vendrá bien ir andando. Tal vez el fresco de la noche me despeje un poco la cabeza”. -Seguía mintiendo, pero ya le daba lo mismo, con tal de que le dejaran solo de una vez-.

Una vez que todos se marcharon, después de escuchar los «que te recuperes» y los «mañana nos veremos», comenzó a caminar por las solitarias, oscuras y silenciosas calles de la ciudad. Eso era lo que necesitaba, tranquilidad para pensar detenidamente en todo lo que había ocurrido en aquella intensa noche.

Desde que salieron de la cervecería para dirigirse a la discoteca, Carlos comenzó el ataque. Un infructuoso y desastroso ataque para alegría de Marta, Raquel y Sonia, sus expretendientes, que lo vieron estrellarse con un auténtico bloque de hielo.

Valle se mostró muy amable con él al principio. Como un pescador que tira el anzuelo, dejó que se entretuviera, y cuando consideró que ya había tenido suficiente, tiró de él. El chasco fue tremendo. Valle cortó con un juego por el que en ningún momento se sintió atraída.

Había encontrado a la mujer de su vida, sí, pero ahora la cosa estaba peor que antes. Antes podía soñar con ella una historia maravillosa, y aunque aquello estuviera sólo en su mente le proporcionaba cierta felicidad. Sin embargo ahora no podía ni siquiera soñar con eso. Se sentía totalmente hundido, deprimido, como si le hubieran otorgado una oportunidad y él la hubiera desaprovechado.

Mientras todo esto pasaba por su cabeza, en su lento caminar llegó a su casa. Como un alma en pena, fue vagando por el portal, las escaleras, y nada más abrir la puerta de su más que nunca anhelado hogar, se fue recto a su habitación, dejándose caer pesadamente sobre su desordenada cama.

Nunca en la vida se había sentido tan mal, no podía recordar nada que le hubiese hecho sentir anteriormente lo que entonces sentía.

Hasta el amanecer permaneció en la misma postura sin moverse. Con el brazo izquierdo agarrado a la almohada y el derecho cayendo por un lateral de la cama, con la mirada perdida.

De pronto, sintió un impulso. Necesitaba expresar todo lo que sentía en aquel momento. No podía llamar por teléfono a nadie: sus amigos todavía no estarían en casa, y a sus padres no les haría mucha gracia que les despertarse a aquellas horas para contarles una historia de amor, que sin duda para ellos podría esperar a unas horas del día más normales.

Como había hecho otras muchas veces atrás, se sentó delante del escritorio de su habitación y cogiendo un lápiz y un papel, escribió un breve poema. No pretendía que fuera bueno, ni siquiera buscaba que rimara, sólo deseaba plasmar aquello que pensaba en aquél momento:

<<Hoy por fin la he visto.
Y iqué bella estaba!...
con sus preciosos ojos azules,
con su piel tan blanca,
con su cuerpo perfecto,
con su dulce mirada,
...¡Dios mío, qué dolor!...
¡mi corazón estalla!,
¡ya no puedo más!,
necesito sus miradas,
las de sus bellos ojos,
necesito sus palabras,
las de sus rojos labios,
...pero mi bella amada,
de entre todas las cosas,
¡con sólo tu amor me conformaba!
...¡la quiero, Señor, la quiero!,
de ella está todo mi ser enamorada.
¡Dame su amor Dios mío!
...si no quieres perder mi alma,
pues hasta al diablo la vendería,
con tal de lograr enamorarla.
¡Sueño con ese momento!,
¡sueño con esa dulce palabra!,
que de sus hermosos labios,
como ardiente espada,
se clave en mi corazón,
¡se clave en mi alma!,

iqué muerte madre mía,
más feliz no puedo esperarla,
imorir enamorado!, imorir gritando!,
...que me quiere mi amada».

Nada más terminar de escribirlo agarró el papel entre sus manos haciendo con él una pelota que arrojó con furia contra la pared a la vez que se volvía a dejar caer en la cama, con los ojos llenos de lágrimas.

Minutos más tarde, yacía durmiendo, vagando en la profundidad de un misterioso sueño.

Se veía a sí mismo caminando en medio de la noche. No podía saber donde estaba. La niebla era tan intensa y la noche tan cerrada que apenas veía nada. Ni siquiera estaba seguro de estar pisando suelo firme. Tenía una sensación de ingravidez total, como si estuviera flotando, como si su cuerpo no pesara nada. De pronto, a lo lejos, vio algo. Se trataba de un punto aún más oscuro que la oscuridad que le rodeaba. Caminó hacia él. A medida que se iba acercando, se hacía más y más grande, hasta que por fin, se metió en él como si fuera una cueva. Hacía frío, mucho frío. Corría un viento que le erizaba los pelos, y un tremendo escalofrío le recorrió la espalda.

Se quedó quieto esperando, como si algo le hubiese arrastrado hacia aquel lugar. La espera se le hizo eterna y llegó a sentir auténtico miedo. Sin embargo seguía esperando con la certeza del que sabe que alguien va a venir.

No apareció nadie. Tan sólo una voz, profunda y hueca, proveniente de las profundidades de aquel mundo onírico, retumbó en sus oídos.

- "¿Qué es lo que quieres Carlos?".

- "Tú sabes qué es lo que quiero"- contestó Carlos con una gran seguridad-.

- "Así es, yo lo sé. Pero no sé si estarás dispuesto a aceptar mis condiciones".

- "¿Cuáles son tus condiciones?".

- "Tú me darás tu alma. Cuando yo te llame vendrás a mí y pasarás a ser uno de los nuestros".

- "Eso está muy bien, pero, ¿cómo sé yo que no me llamarás nada más habérmela dado".

- "Hoy mismo Valle será tuya. La tendrás a tu lado durante diez años...".

- "¡Mi alma por sólo diez años de felicidad!" -exclamó Carlos sin dejarse arredrar-.

- "Esas son las condiciones. Yo no he sido el que te he llamado. Tú has venido a mí. O lo tomas o lo dejas".-Aquello hizo dudar a Carlos, sin embargo respondió de nuevo con una gran seguridad-.

- "Está bien, al menos durante diez años sabré lo que se siente estando al lado de la persona amada" -contestó Carlos con un cierto dolor en su voz-.

- "Pues ya está todo dicho. Ahora te despertarás y pensarás que ha sido todo un sueño. Pero cuando compruebes que lo que me has pedido se hace realidad, no creas que es una simple casualidad, y menos aún trates de resistirte cuando se cumpla el plazo, sería aún peor. Hasta dentro de diez años".

- "Hasta dentro de diez años" -respondió Carlos imperturbable-.

Durante toda la noche Carlos estuvo dando vueltas y más vueltas, sudando por todas partes, hablando en leves susurros, hasta que comenzó a repetir una y otra vez: «Hasta dentro de diez años, hasta dentro de diez años,...», y se levantó sobresaltado, como si acabara de tener una pesadilla.

Sintió alivio al ver que estaba despierto y que la luz del sol entraba por las ventanas iluminando aquella habitación que aún miraba con recelo como si alguien estuviese escondido. Cuando se calmó, se levantó de la cama y caminando lentamente por el pasillo, se fue a la cocina para tomar un vaso de agua.

Nada más terminar de ducharse, y cuando ya se disponía a preparar algo para la comida, sonó el teléfono.

- "¿Quién es?" -preguntó Carlos, tratando de adivinar quien se encontraría al otro lado del auricular-.

- "Hola soy Valle. Bueno, no me gusta hablar de estas cosas por teléfono, pero tenía que hacerlo. Me siento como una estúpida. Creo que ayer fui muy grosera contigo. Yo...bueno, mejor sería que nos viéramos, ¿tienes algo que hacer?"

- "Mmm,...no,...creo que no -respondió Carlos sin dar crédito a lo que oía y sin saber muy bien si había quedado o no con alguien, y aunque así fuera, poco le importaba en ese momento".

- "Estupendo, ¿qué te parece si quedamos para comer?. Conozco un restaurante muy bueno cerca de donde quedamos ayer".

- "¡Ah!, sí, ya sé a cual te refieres".

- "Estupendo, que te parece ahí a las dos y media".

- "De acuerdo, pero, ...¿qué hora es?".

Se oyó una risa detrás del auricular. El mismo Carlos también sintió ganas de reírse.

- "¿No me digas que te acabas de levantar?".

- "Pues sí, la verdad, acabo de levantarme".

- "Bueno, es igual, no te preocupes, es la una y media, supongo que te dará tiempo, si no, quedamos más tarde".

- "¡Oh!, no, no te preocupes, claro que me dará tiempo".

- "Pues ya está todo dicho. Hasta ahora".

- "Hasta ahora".

Carlos no salía de su asombro, ¿sería verdad lo que había escuchado?. Se quedó durante un tiempo muy confuso, hasta que una enorme alegría comenzó a inundar su corazón... pero duró poco tiempo. De pronto, se le vino a la mente una frase que nunca creía haber escuchado: «Hoy mismo será tuya... creerás que es casualidad». Sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Casi con total precisión, comenzó a recordar el sueño. Sentía miedo. ¿Sería verdad o tan sólo un sueño?.

Sin encontrar una respuesta, comenzó a vestirse lo más rápidamente que pudo, ya que tenía el tiempo justo y no quería llegar tarde a su primera cita con ella.

Con la emoción del momento, pronto se olvidó de aquel sueño al que él llamó pesadilla, para dejar totalmente zanjado el tema.

Cuando llegó a la puerta del restaurante, no era todavía la hora. Sin embargo, ella se encontraba ya allí. Estaba radiante. La miraba como a una diosa, esperando que en cualquier momento se fuera a desvanecer.

- "Hola Carlos, ¿qué tal estás?" -y mientras se lo decía, le plantó dos besos en la cara-

- "Bien, gracias, se me pasó el dolor de cabeza... y lo otro".

- "De... lo otro, quería que hablásemos, ¿qué te parece si entramos y mientras comemos lo hablamos?".

- "Me parece muy bien".

Carlos nunca logró acordarse de lo que comió aquel día. Sin embargo, recordaba la conversación palabra por palabra, gesto por

gesto. Valle le dijo que le gustaba, que si la noche anterior le trató así fue por miedo a que pensara que se trataba de una chica fácil. Pero después de lo que hizo sintió miedo de perderle, de que no fuera a verle nunca más. Le dijo que la encantaría conocerle, saber cómo era, sus gustos, sus sueños,... todo. Carlos apenas sí abrió la boca. Se sentía tan excitado que no se encontraba capaz de articular palabra.

Recordó todo lo que hicieron aquella tarde-noche. Después de comer en el restaurante, fueron a dar un paseo por un parque. Más tarde, hablaron y hablaron, tumbados en el césped hasta que casi anocheció. Después fueron a una de las terrazas de moda a tomar una copa y seguir hablando. La noche terminó con Valle y Carlos cogidos de la mano, enfrente de la casa de Valle. Allí fue su primer beso. Algo que jamás olvidaría.

Tras despedirse de ella, volvió caminando a su casa igual que la noche anterior... ¡pero que distinto era todo!. La alegría lo desbordaba, sentía ganas de gritar, ganas de abrazar a todo el mundo... hasta que una voz, que le recordó a la de la pesadilla, retumbó en la calle, helándole el corazón.

- "Yo ya he cumplido con mi parte del trato, Carlos. Como te dije, Valle es tuya. Recuerda, dentro de diez años, tu alma será mía. No lo olvides... o será todavía peor".

No volvió a oír la voz. Carlos lo comprendió todo: al terminar de escribir aquel poema, estaba dispuesto a hacer lo que fuera con tal de conseguirla. Nada más quedarse dormido su alma, y eso explicaría aquella sensación de ingravidez que experimentó, fue a buscar al diablo. Había hecho un trato con el diablo, y ya no podía romperlo.

Una enorme tristeza, seguida de un miedo aterrador le congeló hasta la respiración. Él siempre había sido creyente... a su manera, creía en Dios y siempre que se acordaba iba a misa. Pero desde que conoció a Valle, no había vuelto a pensar en Él. «No podré volver a entrar en una Iglesia», pensó, sintiendo que una parte de su ser sentía una profunda pena.

Así fue. Nunca volvió a pisar una Iglesia. A pesar de todo, aquél miedo que lo embargó durante los primeros días, fue desapareciendo poco a poco, hasta que la felicidad de estar con Valle le hizo aceptar su situación. Sin duda alguna serían diez años maravillosos, en los que

disfrutaría de lo que siempre había soñado, y con la persona que siempre había soñado.

<<Además>>, se decía <<todo el mundo tiene miedo a la muerte, aun aquellos que no han vendido el alma al diablo. Nadie sabe lo que les espera. Yo tampoco. Quien sabe, a lo mejor el infierno, no está tan mal como lo pintan, y como nunca conoceré cómo es el cielo, no sabré lo que me he perdido>>.

Sin embargo, su mayor temor se hizo realidad. Aquellos diez años pasaron tremendamente rápidos. A los siete meses de conocerse ya se habían casado... pero nunca tuvieron hijos. No quiso dejar a unos niños huérfanos, justo cuando más podían necesitar a un padre. Ella tampoco insistió mucho, con lo que no hubo ningún problema. De hecho, jamás existió ninguna discusión, ni ningún tipo de desavenencia entre ellos. Se puede decir que vivieron una continua Luna de miel, a lo largo de los diez años... hasta que al final llegó el día.

La noche anterior fue terrible. No pudo conciliar el sueño. Estuvo todo el tiempo mirando el cuerpo de Valle, mirando su cara, su pelo, sus ojos,... sentía un gran dolor, no por lo que le pudiera esperar, sino por Valle. La iba a causar un gran dolor, y eso era algo que no podía soportar.

Toda la noche estuvo dándole vueltas en la cabeza a lo mismo: <<se lo digo o no se lo digo>>. Siempre se habían dicho la verdad, siempre se habían contado lo que sentían, lo que querían. No había secretos entre ellos y él no quería irse, sin sincerarse con ella por última vez.

Lentamente fue amaneciendo, hasta que la totalidad de la habitación quedó iluminada por la luz que se colaba entre las rendijas de la persiana. Valle no se había despertado todavía. Era Sábado, y los fines de semana acostumbraban a levantarse tarde. Cuando las agujas del reloj señalaban las once y diez, Valle abrió los ojos. No se sorprendió porque Carlos la mirara. Solía hacerlo frecuentemente. Sin embargo, había algo en su rostro que denotaba una profunda tristeza.

- "¿Te ocurre algo, cariño?" -y mientras hacía la pregunta tendió su mano suavemente hasta rozar la cara de Carlos, aquello hizo que le entrasen ganas de llorar. Resistió-.

- "Tengo algo muy importante que contarte. Tal vez cuando te lo cuente te rías de mi, pero dentro de unas horas lo comprenderás todo" -dijo Carlos con voz grave y tratando de aparentar serenidad-.

-"Te escucho cariño. Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea" -contestó dulcemente Valle mientras se incorporaba en la cama-

Carlos comenzó con su relato. Al principio no supo cómo empezar, y estuvo un buen rato divagando. Era tan difícil. Al final, se armó de valor y lo contó todo. La cara de Valle fue cambiando poco a poco hasta tener un gesto extraño, que él no supo entender bien: era una mezcla de dolor, sorpresa e incredulidad. Pensó en lo duro que debía de ser para ella... si le creía.

Cuando terminó de contarlo todo, Valle suspiró con fuerza y se lo quedó mirando fijamente a los ojos, estudiando las palabras que debía decir.

-"Me estás queriendo decir que vendiste tu alma al diablo por conseguir mi amor, y que hoy se cumplen los diez años de... ese contrato que habéis contraído" -lo miró fijamente a los ojos esperando una nueva confirmación de lo que ya había entendido perfectamente-.

Carlos no abrió la boca. Se limitó a afirmar con la cabeza.

Valle volvió a suspirar de nuevo y se tomó un tiempo antes de seguir hablando.

-"Como tú dices, la historia que me has contado parece una invención de tu mente... un cuento. Pero... siempre me has dicho la verdad... así que no tengo más remedio que creerte. De todas formas saldremos de dudas dentro de unas horas.

Si es verdad lo que me has contado, quiero que sepas que jamás te olvidaré. No creo que pueda haber mayor sacrificio en el mundo, no creo que se pueda ofrecer tanto... a cambio del amor de una persona. Te amo".

Dicho esto, se abrazaron como si se estuvieran despidiendo. Carlos apoyó su cabeza en el hombro de Valle. Ella sintió cómo las lágrimas de Carlos resbalaban por su cuello y bajaban lentamente por su espalda. Lloraron amargamente.

No se movieron de la cama. Valle le invitó a levantarse, pero Carlos decidió que no se quería mover de allí.

-"Lo único que quiero es estar a tu lado. Por ti lo he dado todo. El diablo cumplió con su parte del trato y yo cumpliré con la mía. Quiero esperarle aquí... contigo a mi lado".

Se agarraron las manos.

Las horas fueron cayendo lentamente. Ninguno de los dos se decía nada. Sólo se miraban a los ojos, como si estuvieran haciendo un repaso a todo lo que habían vivido juntos a lo largo de aquellos diez maravillosos años.

En el reloj de pared del cuarto de estar sonó una campanada. Era la una y media de la tarde. La hora en la que Valle le llamó para quedar a comer. Carlos sintió como su cuerpo se ponía rígido y un sudor frío salía de su frente.

Era la hora. El diablo acudió a su cita.

- "Han pasado los diez años Carlos" -y aquella voz sonó en sus oídos más horrible que nunca. El miró a Valle preguntándola con los ojos si ella también oía aquella voz. No hizo ningún gesto que demostrara la más mínima extrañeza. Carlos comprendió que ella no debía de oír nada. Trató de evitarlo pero no pudo. Las lágrimas comenzaron a correr por su cara. El diablo siguió hablando, pero él no dejó nunca de mirarla a los ojos. Quería irse con esa imagen. Con la de su amada agarrándole de la mano.

- "Sabes que no tienes escapatoria. Tu alma me pertenece. Si no te dejas será aún peor".

Y mientras oía estas palabras, sintió como era arrancado de su cuerpo y sumido en un mundo de profundas tinieblas.

Tenía mucho frío. Se sentía desnudo. Estaba tumbado, pero no podía afirmar que tuviese algo debajo. Seguía mirando en la misma dirección que antes de ser arrancado de su cuerpo. Ahora no podía ver nada. Todo estaba oscuro. Poco a poco sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad. Una silueta comenzó a dibujarse. Estaba al lado suyo pero no podía sentirla. Unos minutos más tarde, pudo ver con total claridad: al lado de la figura que ya veía con nitidez, se encontraba otra de pie que pronunció unas palabras.

- "Buen trabajo Gehenna, sabía que podía confiar en ti" -y dicho esto dio media vuelta y se fundió en la oscuridad. Por la voz supo que aquél era el diablo. ¿Quién estaba entonces a su lado?-

- "Bienvenido Carlos"- le dijo una voz que nunca hubiera esperado oír en aquél lugar-.

- "¡Valle!, pero... ¿qué haces tú aquí?" -respondió Carlos contrariado de verla en aquél lugar-.

- "Mi nombre no es Valle, sino Gehenna, el Valle del diablo, por eso me puse el nombre de Valle. En cuanto a qué hago aquí, yo soy de aquí. Este es mi mundo".

- "Entonces, durante estos diez años me estuviste engañando. ¡Me tendisteis una trampa! Supongo que ya lo habrás hecho otras muchas veces".

- "No. Esta ha sido mi primera misión. En cuanto a lo de que te estuve engañando... al principio tengo que reconocer que sí, que te engañé. Pero luego me acostumbré a estar contigo y creo que... me alegro de que estés aquí. Así podremos seguir viéndonos. Mi señor te ofreció diez años junto a mí. Yo te estoy ofreciendo la eternidad. Ningún amor durará tanto como el nuestro".

Carlos estuvo un rato callado, mirando a la profunda oscuridad que lo rodeaba. Al fin, levantó la vista hacia ella.

- "Te llames Valle o Gehenna, estés en el cielo o en el infierno, tú eres la mujer de mi vida. Si éste es mi destino... ¡adelante!... yo te sigo queriendo".

- "Y yo a ti. Ya verás como esto no es tan malo como lo pintan allí arriba. Hace un poco de frío, y todo está un poco oscuro, pero te acabarás acostumbrando, además... me tienes a mí".

- "Tú lo eres todo. Dónde tú estés ese es el cielo para mí".

Carlos se levantó y la rodeó con su brazo derecho por la cintura. No podía sentirla... pero sabía que ella estaba allí.

Como dos sombras, caminaron hacia lo más profundo de las tinieblas que les rodeaban, hasta que desaparecieron fundidas en la oscuridad de la Gehenna, el Valle del diablo.

Anónimo

UNA MUJER LLAMADA VIDA

Ella, que nos obsequia con bombones y golpes, nos clava su fino tacón en la frente marcándonos el tiempo.

Esa mujer, que nos arrebató los mejores momentos, obligándonos a continuar hacia delante, sin mirar atrás.

Una diosa, frágil con los niños, dura con los hombres que pretenden reírse de ella, y les vence regalándoles una flor marchita, robándoles su preciada luz, su vida.

Ella, que goza con nuestra sonrisas y se recrea en nuestros llantos, cruel y divina. A su antojo nos invita a compartir su reloj de arena fina a cambio de recuerdos y alegrías con dulce melodía.

Melancólica, dama de los románticos y enamorados, fatal destino de los condenados que brinda su fin con amarga copa de plata.

VLAD

REMINISCENCIA

No sé qué hay en las cosas pasadas que tanto nos atraen. El sol de antes siempre parecía brillar más y mejor que ahora. En el presente se ahogan los recuerdos con las incidencias cotidianas, tan poco trascendentales. El pasado es siempre como un cofre secreto y valioso donde guardamos lo más íntimo de nosotros mismos. Y, aunque el ser que éramos entonces no es el mismo que el de ahora, ambos se sienten unidos por el vínculo común del recuerdo. Esta es nuestra única y poderosa arma contra el paso incombustible del tiempo. ¡Qué poderosas razones tendría para volver atrás! ¡Qué feliz sería viviendo la poesía de las imágenes! Y sin embargo ¡qué profunda y pesada ancla me ata a lo presente!

Recuerdo ahora una aventura cautivadora que, a lo largo del tiempo viene repitiéndose una y otra vez, en un pequeño eterno retorno donde la experiencia no es sino un vago presentimiento de que "aquello" va a suceder otra vez...

-¿Qué piensas?

-Nada. Sólo que hay personas que tienen a su corazón como a un niño enfermo...Así me siento yo ahora.

-¡Ah, claro!...La verdad es que no te entiendo; nunca te entiendo cuando hablas así. Eres tan...raro.

-No te preocupes. Tampoco yo me entiendo a veces.

Bebo de una copa. Ella bebe también. El ambiente está cargado, y, como en un gran atasco, el humo lo envuelve todo. Una y otra vez lo mismo. ¡Oh condición femenina intratable! Un incendio se ha declarado dentro de mí y todo cuanto recibo es inquietud orgásmica. ¿Será verdad que el arte seduce?

-Ven fuera. Aquí no se puede respirar.

Salimos a la calle. El aire es algo más puro. La Luna llena ilumina todo el ámbito a nuestro alrededor. Entonces, solos, la atraigo hacia mí y le dedico unos versos etéreos, inmateriales, eternos. Sólo en

momentos como este uno es consciente de la grandeza de sí mismo, de la belleza, y de todo aquello que uno puede buscar en la vida.

La beso. Su boca, manantial de frescura y de verdad, me dice todo aquello que me negaron sus labios. Muchas veces ocurre esto: sabemos más de las personas por cosas tan inmateriales y fugaces como una mirada o un beso que por cientos de palabras aglutinadas en diálogos sin sentido...En estos momentos el tiempo es sólo una anécdota para quien acaba de nacer.

Así permanecemos hasta culminar el deshielo. De mis renovadas ruinas ha nacido otro yo, un ser que yo no conocía, un yo inconsciente e inmaterial. Y el mundo es entonces una gigantesca barcarola en la que permanecemos extasiados, mecidos por las olas del tiempo, dejándonos llevar por la corriente. En ese momento me pregunto si no es eso lo que siento: un continuo dejarme llevar por la corriente y contemplarse, donde todo deseo ulterior es ajeno y artificial. Es entonces cuando alguien que yacía a mi lado ha roto con un fervor sacrílego esta armonía perfecta y ha susurrado:

«Es tarde. Mañana tengo que madrugar».

Narciso Tuera

EL DESTRUCTOR

Aún recuerdo los tiempos de la gran revelación, el día en que el destructor llegó e hizo su truculenta advertencia.

Tendría yo unos 30 años, difícil edad para los tiempos que se avecinaban; estaba en esa época de la vida donde el entusiasmo de la juventud se canaliza hacia metas supuestamente sensatas y se mira alrededor no con rechazo o ánimo de revolución, sino más bien con vocación de integración.

Florejaban en aquella época multitud de extrañas obsesiones para la etapa que ahora vivimos y que en este momento nos resultan tan difíciles de comprender. Ese era el caso del vacío culto a la belleza física, de la idolatría respecto de la tecnología audiovisual, de la procacidad sexual como único resorte de la conducta humana a nivel de cultura colectiva, de la adoración de la fuerza y el darwinismo social soportado por las costillas y los hombros de los más débiles... Todas ellas, ideas antiguas, ideas nacidas del inmovilismo de aquella época; incluso subsistían soluciones económicas hoy ya olvidadas como el

capitalismo, el socialismo, la socialdemocracia, el comunismo, el Estado de Bienestar (nunca supe si el bienestar era del "Estado" o si estado se refería a alguna suerte de acomodo psicológico que poseían los hombres bajo aquel régimen político). Aun así en aquella época todo eso no parecía tan desaprovechable como luego resultó ser, especialmente después de la llegada del destructor...

Empezaré el relato de lo que a mí y a todos nos aconteció un poco antes de lo que podría llamarse el principio del fin de aquella era. El día era lluvioso y el estado de mi espíritu si no tranquilo, era más bien algo confuso; caminaba calle abajo y empezaba a percibir cada vez el mundo de una manera menos subjetiva (aclararé que sólo los muertos perciben la realidad de manera totalmente objetiva).

Yo como la mayoría de la gente llegaba a pasar por el lado de un mendigo sin apenas sentir nada, mis vacaciones cuando las tenía estaban programadas por la agencia de viajes de la compañía y mi vida no requería el más mínimo esfuerzo creativo por mi parte, ya que consistía en una misma semana que se repetía constantemente. Pero la monotonía de aquel día quedó totalmente interrumpida de la manera más trivial. Estaba observando el muñeco del semáforo, cuando de repente miré a un lado y vi como un hombre se abalanzaba con paso firme sobre la calzada. Cuando intenté detenerlo, prácticamente había cruzado la calle y cual no fue mi sorpresa cuando al observarle descubrí que era ciego. Esto provocó en mí una extraña sensación, que me impulsó a correr hacia él (una vez se hubo cambiado el semáforo). Llegué a su altura y superando mi habitual timidez para hablar con desconocidos le pregunté:

-¿Se da cuenta de que ha cruzado la calle con el semáforo en rojo?

-No, no me he dado cuenta, pero estoy seguro de que la he cruzado cuando no venía coche alguno... pues no había oído nada -respondió el hombre con una, para mí, sorprendente seguridad.

Me quedé ahí parado pensando y sintiéndome imbécil, porque el 90% de mi conducta no estaba guiada por mí, sino por cosas tan estúpidas como un muñeco rojo o verde. Fue justo en aquel momento de repentino e incómodo despertar de mi conciencia, cuando una especie de temblor sacudió la tierra y cuando por primera vez yo y toda la humanidad pudimos oír la voz del destructor... Su voz era el reflejo más patente del PODER ABSOLUTO HECHO SONIDO. Sonaba con fuerza

dentro de mi cabeza y no lo oía con los oídos sino con mi mente; casi me daba sensación de que sólo yo lo oía, pero esa sensación se disipaba al ver las caras de terror de los viandantes. La gente se tapaba los oídos inútilmente, pues dejar de oírle era como intentar no escuchar tu propio pensamiento.

Sus primeras palabras fueron ciertamente horribles, pues afirmó que había venido a destruir a la mayoría de los hombres... y si era preciso a todos ellos. Pensamientos sobre profecías y sobre el apocalipsis de San Juan Evangelista vinieron a mi cabeza, pero después mi mente racional empezó a idear soluciones tan estúpidas como la de que fuera un nuevo montaje publicitario o algún tipo de sugestión colectiva. Estas ideas se desvanecieron cuando el cielo se oscureció y empezaron a caer pájaros fulminados por ese extraño ser (supongo) haciendo un ruido contra el suelo que jamás olvidaré. Después resurgió la claridad y se desvaneció la voz no sin antes advertirnos sobre una nueva aparición en la que informaría de sus propuestas.

Además esa noche la humanidad se dio cuenta, horrorizada, del suceso más horrible de toda aquella época de desastres y me percaté de que por primera vez en mi vida eché de menos algo que no tenía valor económico ni valor práctico, ni me servía para nada. Pues esa noche la luna no apareció y no volvió a aparecer hasta después de mucho tiempo.

Después de aquel día tanto televisión como radio se llenaron de frenéticos discursos de qué era o por qué venía el destructor. Fue más que un campo abonado para sectas y fanatismos, un campo esperando recolección. Incluso la Iglesia, remisa a apuntillar todos estos temas, realizó declaraciones en las que afirmaba que todos debíamos arrepentirnos por nuestros pecados, pues el fin del mundo se avecinaba. Montones de científicos hablaban a todas horas sobre la sugestión colectiva y otra serie de estúpidas soluciones racionales que antes se me habían ocurrido a mí. Pero en realidad nadie se hacía la verdadera pregunta que por supuesto no era ¿por qué había venido ni qué era lo que había venido? sino si en realidad merecíamos que viniese.

El destructor tardó 2 días en volver, 2 días con 2 noches sin luna para enamorados. 2 días con dos noches sin la insignia, sin la prueba palpable de que en algún otro lugar de la tierra era de día. El destructor volvió a hablar y volvió a afirmar que había venido para matar, para degollar y para torturar. Pero esta vez explicó cual sería su criterio: En

un principio pensó que lo justo sería juzgar al hombre por su bondad pero nos comunicó que había desechado esa idea por dos razones:

-La 1ª que no era práctico fundar la nueva humanidad sin mal al que resistirse y lo que es peor... con tan poca gente.

-La 2ª es que la bondad no resultaba garantía de nada, pues en ocasiones puede resultar pasiva si no hay compromiso y además porque se puede ser más o menos malo pero no se puede estar más o menos muerto y él buscaba un criterio para matar.

Cuando oí aquellas palabras me di cuenta por primera vez de que lo que el destructor buscaba no era otra cosa que una construcción, eso me tranquilizó hasta tal punto que por un momento casi se me olvidó que ya no había luna a la que mirar... Por último el destructor habló del criterio que seguiría y del plazo que nos daría. El criterio supuso algo tan insospechadamente brutal que hubo gente que para evitar el "examen" prefirió suicidarse. El criterio suponía la exterminación de todo aquel que no pudiese aportar una idea original y constructiva en cualquier campo de la existencia humana, y el plazo sería de un año, más concretamente advirtió de su regreso el día en que apareciese la luna de nuevo.

Después el destructor cesó su discurso, no sin antes dejar constancia de su poder... Una vez el mundo pudo recobrar la visión, el oído y el resuello, las declaraciones del destructor produjeron efectos insospechados. El fuerte varapalo sufrido por la Iglesia como institución, se transformó en un enorme auge de la espiritualidad y el culto sincero hacia Dios, en la forma que fuese. La jerarquía eclesiástica o el ritualismo fariseo no tenían sentido frente al criterio de originalidad constructiva, sólo ante la "bondad" aparente y establecida que por supuesto no tenía nada de innovador.

El vuelco social fue aún más espectacular en el mundo profesional; la gente dejaba sus trabajos y se reunía a algo que resultaba raro para aquellos tiempos...pensar. Las grandes compañías y sociedades anónimas de repente dejaron de subsistir como tales para convertirse no en entes autónomos, sí en grupos de personas que huían despavoridas de la aversión al riesgo del conservadurismo o de esa palabra intocable en aquella época como era "el beneficio de la compañía". El beneficio de la compañía se transformó en el beneficio que proporcionaba la compañía a los demás, de manera original por cierto. Aún recuerdo el revuelo que se produjo cuando un grupo de directivos

de una gran multinacional alimentaria llevó la totalidad de su producción al 3º mundo, subsanando el hambre de millones de personas, eso que en nuestros días no resulta original, en aquella época sí lo era, pero lo más sorprendente fue que a la gente le pareció tan buena idea que aquella empresa se aseguró casi una clientela de por vida. El mundo cambiaba vertiginosamente, las empresas y los hombres se dedicaban por primera vez a construir, repobladores de bosques, recuperadores de ozono... y su motivación no era el lucro, era su propia vida. Recuerdo que a mi espíritu juvenil aquello le pareció tan especial que realmente recuperé la fe en Dios, era genial, la supervivencia del individuo para la salvación del mundo. Llegué hasta a pensar por qué había tardado tanto en venir... A nivel social y aunque parezca extraño, profesiones tan consideradas e importantes hoy en día como pensadores, poetas, trovadores, y toda aquella gente con ideas sin un valor traducible en el mercado en la época anterior al destructor, experimentaron aquí su repunte social definitivo. La gente les empezó a escuchar primero por simple supervivencia y después por simple placer, no obtenían nada más de ellos que su vida y la inspiración para conseguir alguna idea que se la garantizara, pero a partir de aquel momento era lo único que importaba...vivir.

Pasó un año, el destructor no apareció, pero la luna tampoco. Con el tiempo la idea del regreso del destructor se fue olvidando por el día; pero su recuerdo siempre nos atormentaba por la noche al mirar el cielo y no ver nada. Y fue por eso que el mundo nunca volvió hasta el día de hoy a ser como antes y lo que al principio se hizo por miedo a morir, luego se hizo por miedo a dejar de vivir. ¡Ah!...y otra cosa más, la Academia de la Lengua tuvo la original idea de borrar la palabra "utopía" del Diccionario y la sustituyó por "esfuerzo suficiente".

Juan Carlos Jiménez Moreno.

EL VALS INVAIABLE(*)

La Vigilia. El sueño
de los que no queremos dormir.
El deseo del intelectual,
pues la vida se resume en ella.
Es música para sordos;
es pintura para ciegos.
El aire en la mañana

El cielo y la tierra
Es NADA y lo es TODO
Baila conmigo mis entresijos,
mis divagaciones,
mis estúpidas conclusiones
Baila conmigo estos versos
tan pequeños, casi versículos
El Vals, que de tan puro
(tan mental, sin atavíos
adornos e impurezas)
no se puede ni bailar.

Narciso Tuera

(*)Una obvia adivinanza

ES PALABRA DE DIOS

Cornelio Marcelino formaba parte de la embajada de su tío Lucio a la Partia durante el segundo año del gobierno de Antonino Pío. Cornelio no tenía muy despierta la vocación militar, pero, no obstante, como miembro de una familia romana importante cumplió con sus obligaciones y encabezó la pacífica columna al mando de los soldados de la guardia. Todo joven romano debe pasar por las filas del ejército si quiere tener un brillante porvenir en la administración. Cornelio tampoco estaba muy seguro de quererse convertir en alto funcionario del Imperio. Pero, seguro o no de su futuro, el joven romano no podía escapar a sus obligaciones familiares y sociales. El propio Lucio Marcelino, su tío, lo había incluido en la embajada con el consentimiento del gobernador de Siria. No sería Cornelio quien defraudara las esperanzas depositadas en él.

En cualquier caso, Cornelio recibió con alegría la noticia de su nombramiento. Quizá la embajada no le fascinaba por sus objetivos tanto como por la posibilidad de viajar a lugares desconocidos. El país de los partos siempre había permanecido un tanto ignorado para los romanos. Aquellas tierras de los babilonios y asirios ocultaban, sin duda, innumerables tesoros. Pero Roma nunca los había contemplado en paz. Desde el descalabro de Craso, la Partia había sido una espina en el corazón de los romanos, y las espinas nunca pueden contemplarse con buenos ojos. Las campañas de Trajano reverdecieron aquellos viejos

odios. Pero con Adriano y Antonino la paz era un estandarte y aquella embajada podía significar una ocasión para compartir lo que de bueno había en cada imperio.

Cornelio disfrutó durante el incómodo viaje de todo aquello que pasó ante sus ojos. Su curiosidad le hacía contemplar fascinado cada ruina, cada paisaje, sin preocuparse demasiado por las fatigas del trayecto. Su tío maldijo constantemente a los partos durante el viaje. Esos bárbaros no conocían lo que eran caminos. Acostumbrados a las calzadas romanas, aquellos senderos persas no eran sino barrizales. A Cornelio lo acompañaba su amigo Filócrates. El griego, hijo de liberto y descendiente de príncipes, era poeta, historiador y filósofo. ¿Qué mejor compañía para un romano culto e inquieto como Cornelio? ¿Quién como Filócrates sería capaz de salpicar el camino con sus numerosos conocimientos históricos y geográficos? Aquel viaje iba a resultar extraordinario. De ello no le cabía a Cornelio la menor duda.

La embajada llegó a Ecbatana, la capital de la Media. Los partos no consintieron que los extranjeros romanos penetraran al corazón de su Imperio y visitaran la corte real de Ctesifonte. No obstante, la embajada fue bien recibida, aparte las inevitables precauciones. Lucio Marcelino no tuvo ocasión de entregar los mensajes de Antonino Pío al emperador sasánida. Una delegación imperial acudió al encuentro de los romanos y los embajadores intercambiaron mensajes, regalos y pruebas de buena voluntad. La embajada romana fue alojada en un antiguo palacio y se les asignó una fuerte guardia militar, tanto para su protección como para su vigilancia.

El tío Lucio tuvo que admitir que los partos no eran tan salvajes como pensaba y que la estancia en Ecbatana resultó agradable, tanto más cuanto que fue breve y el momento del regreso llegó cuando los romanos comenzaban a apreciar las numerosas bellezas medas. La embajada había sido, al cabo, tan agradable que a Lucio Marcelino no le sorprendió que su sobrino solicitara su permiso para quedarse a visitar los viejos lugares de la Partia. Aunque tenía cierto temor por su seguridad, Lucio consintió, consciente de la natural ansia de aventura de su joven sobrino, un poco dado a las fantasías literarias de los antiguos viajeros. Cornelio tuvo que solicitar también el permiso de los jefes partos para poder viajar por su imperio, tratando de convencerlos de que no era un espía ni sería un peligro para la seguridad del país. Pero esos persas amables y lisonjeros se mostraron tajantes en su negativa.

Para Cornelio aquello supuso una enorme decepción. Para su tío no fue ninguna sorpresa. Partía y Roma ya no eran enemigas, pero eso no significaba que sus pueblos fueran buenos vecinos. La desconfianza mutua no se podía borrar con un tratado de paz.

Toda la comitiva emprendió, pues, el lastimoso retorno. Vuelta a los caminos polvorientos y las incómodas posadas. Cornelio era el más desanimado con la precipitada vuelta. El único consuelo era visitar junto con Filócrates los pueblos y ciudades por los que pasaban, mientras el resto de la columna reposaba de la dura marcha. Siempre había unas viejas ruinas, un templo misterioso o un hermoso bazar donde saciar la curiosidad. El bueno de Filócrates se emocionaba al contemplar las ruinas de la vieja Persia aqueménida, la olvidada Asiria o la remota Babilonia. Siempre tenía alguna interesante historia que contar, una hermosa leyenda con la que salpicar las vistas. Las gentes del lugar eran extraordinariamente amables para con los extranjeros. Posiblemente aquellas gentes acostumbradas al continuo paso de diferentes civilizaciones por su suelo sabían apreciar el oro de las caravanas extranjeras y aquello les hacía olvidar el natural recelo ante lo extraño.

Un día, cuando ya se aproximaban a la querida Siria romana, Filócrates acudió a su amo tremendamente emocionado. Traía noticias del norte del país, de una zona remota y olvidada donde aún se ocultaban grandes maravillas. Tanto las gentes del lugar como un comerciante judío procedente de Antioquía le habían hablado de una pequeña ciudad colmada de bellezas y misterios.

-Señor -le dijo Filócrates con el rostro iluminado-, no podéis dejar pasar una ocasión como esta. Ya que no hemos visto Persépolis, Susa o Babilonia debemos visitar esta ciudad tan nombrada. Si no me han engañado está a tan sólo dos jornadas de nuestro camino y estamos tan cerca de nuestra tierra que los sasánidas no tienen poder para prohibirnos viajar hasta allí.

-Iremos -replicó Cornelio con total certeza.

No era necesario que su criado y amigo excitase su curiosidad. El viajero que había en él estaba esperando cada día una noticia como aquella, la de una maravilla que poder visitar. Quizá fuera sólo un villorrio o una aldea, pero merecía la pena arriesgarse para comprobar si las noticias eran ciertas.

-¿Cuál es el nombre de esa ciudad? -preguntó a continuación a Filócrates.

-Es lo más extraordinario: no tiene nombre. Según se comenta, sus pobladores la consideran ciudad santa y la tienen encomendada a su Ahura-Mazda. Sólo Él tendría derecho a nombrarla.

Cornelio se decidió a pedir permiso a su tío para apartarse de la columna durante unos días. Le contó su plan de visitar la ciudad persa y mostró tan vehementemente sus deseos que el embajador Lucio fue incapaz de negárselo. Después de la desilusión del regreso, su sobrino merecía la oportunidad de vivir alguna aventura que poder relatar en Roma. Dejó con él a seis soldados de la guardia y prosiguió su camino hacia Siria mientras Cornelio y Filócrates se desviaban al norte, cerca de la frontera armenia.

Siguiendo aquel estrecho camino que los llevaba a unas tierras remotas entre montañas desconocidas, Filócrates habló a su amo de Zoroastro y la religión de los partos, con su creencia en el bien y el mal enfrentados. Le habló de su libro, el Zend-Avesta, de la lucha eterna entre la luz, Ahura-Mazda, y la oscuridad, Ahrimán, de la que siempre resultaba vencedor el primero, el Bien, el sabio Ormuz. Cornelio, no bien caía la noche sobre la estéril tierra parta, veía reflejada en su viva imaginación aquella lucha en la forma de dos enormes figuras que empuñaban armas capaces de destruir el mundo.

Al cabo de tres días de penosa marcha bajo el Sol, unos campesinos les indicaron con señas que aquel poblacho que se veía en lontananza era la ciudad sagrada. Los ocho viajeros, un tanto desilusionados por el panorama que se les ofrecía, prosiguieron camino adelante hasta su destino. Pronto se encontraron a la entrada de un poblacho polvoriento de casuchas de madera desvencijadas en cuyo centro se alzaba un único edificio notable: un templo rojo de dos plantas hecho de adobe y piedra, de paredes lisas y que no anunciaba ninguna de las pretendidas maravillas que se le suponían. Marcelo Tarquino, el soldado más veterano de la columna, expresó entonces en voz alta la opinión de todos sus compañeros:

-¡Y para esto nos hemos desviado de la tropa! Deberíamos volver con vuestro tío y olvidarnos de todas estas aventuras.

Cornelio también había sufrido una decepción, pero no iba a renunciar a su sueño tan pronto. Animó a los soldados a continuar y les invitó a marcharse si así lo deseaban, ante lo cual ningún soldado volvió a protestar. Un romano nunca soñaría abandonar a su jefe ante el peligro.

Los ocho hombres avanzaron por la que parecía calle principal, quizá la única calle cuyo trazado se podía seguir; el resto del pueblo lo formaban callejas de chabolas desordenadas. Por la calle sólo se veían pobres andrajosos, enfermos e inválidos. La miseria de las gentes contrastaba con su gesto de aparente felicidad. Todos, niños y viejos, tullidos y mujeres, hombres fuertes convertidos en inútiles harapientos, mostraban una sonrisa plácida a los extraños visitantes. Cornelio se dirigió en latín y griego a aquella chusma que comenzaba a rodearlos, pero como nadie lo comprendía tomó su lugar Filócrates, el cual los habló en lengua siríaca.

-Sí, yo entiendo vuestra lengua -replicó en sirio un hombrecillo más joven de lo que anunciaban sus andrajos.

El hombrecillo les contó que conocía aquella lengua desde su cautiverio en Tiro y su servicio como intérprete de un comerciante de Jerusalén que más tarde le concedió la libertad para volver a su tierra. Fuera cierto o no lo que decía, Cornelio decidió confiar en aquel pillo y le pidió, por medio de Filócrates, que les sirviera de intérprete y los llevara, si eso era posible, al templo de la ciudad.

-¡Oh, el templo! Es posible, es posible. Ahura-Mazda nos enseña a respetar a los extranjeros no creyentes. Yo os llevaré a su palacio.

Cornelio y Filócrates echaron pie a tierra para seguir a aquel tipejo y los seis soldados siguieron su ejemplo, ciertamente asustados ante aquel ejército harapiento.

El templo desde cerca era aún menos impresionante que en la distancia. No había adornos en sus paredes, ni columnas que embellecieran el recinto, ni un arco que anunciara la entrada. El hombrecillo harapiento, más perspicaz de lo que parecía, se dio cuenta del desencanto en el rostro de los visitantes.

-Los romanos se engañan. Nuestra ciudad es grande y nuestro templo es la boca de Ahura-Mazda. Sólo nuestros sacerdotes pueden comunicarse con el sabio Ormuz.

Cornelio animó a su improvisado intérprete a llevarlos ante uno de aquellos sacerdotes y pidió a sus hombres, excepto a Filócrates, que aguardaran a la puerta su regreso.

Cruzarón el umbral del templo y dieron en una cámara oscura que invitaba, sin duda, al recogimiento de los visitantes. Allí los recibió un sacerdote. Vestía túnica blanca y adornaba su mentón con una gran

barba rizada. Aquel hombre observó fijamente a Cornelio y Filócrates con sus oscuros ojos y les habló en su extraño dialecto.

-El hombre sabio quiere saber si los extranjeros desean conocer la verdad -tradujo su intérprete.

Cornelio respondió afirmativamente y transmitió un mensaje de paz y amistad al sacerdote.

-Abandonad aquí vuestras armas y sigámosle -añadió el hombrecillo.

Cornelio y Filócrates se miraron dubitativos. No les agradaba desprenderse de toda defensa, pero deseaban satisfacer su curiosidad y justificar el esfuerzo de aquel viaje. Finalmente se quitaron el cinturón y dejaron las armas en el suelo. El sacerdote comenzó a internarse por un pasillo y los demás lo siguieron.

Cornelio se esforzaba por entrever alguna muestra de arte a través de la penumbra que envolvía todas las estancias. Pero no había adornos en las paredes ni las puertas. Por el camino no se cruzaron con ningún nuevo sacerdote. Al cabo de unos minutos salieron a un pequeño patio donde la clara luz del día deslumbró a los visitantes. En el centro del patio había una pequeña construcción piramidal de ladrillo. Un estrecho camino de losas grises llevaba hasta ella. En su centro se abría una puerta triangular con círculos labrados en sus vértices.

-El círculo de arriba es el Bien, los de abajo son el hombre y el Mal que siempre busca engañarnos cuando no se atreve a enfrentarse al Bien -explicó el intérprete traduciendo los breves comentarios del sacerdote.

Entraron por aquella puerta triangular y descendieron por unas escaleras a un amplio sótano donde se encontraban en actitud de meditación siete u ocho sacerdotes de todas las edades. La penumbra volvía a ensombrecer los contornos y los gestos. De la cámara partían una serie de pasadizos que debían de llevar a otras salas. Aquello parecía el corazón del templo, enterrado bajo la pirámide. El sacerdote no dudó, se dirigió a uno de los pasillos y les animó a seguirlo. El corredor conducía a una sala circular en cuyo centro estaba sentado un hombre anciano de pelo cano y rizada barba blanca que los recibió, aun sin conocerlos, con una amplia sonrisa. Su guía se dirigió al anciano con gran deferencia. Sin duda el viejecillo era uno de los sacerdotes principales del templo. El más joven le habló durante un par de minutos, sin duda de los extranjeros. El anciano se incorporó y se acercó a

Cornelio y Filócrates. Su severa mirada desmentía la debilidad de sus años.

-¿Me entendéis? -preguntó en un griego salpicado de extraños acentos.

Los dos jóvenes respondieron afirmativamente. El viejo mandó irse al sacerdote joven y al hombre que les había servido de intérprete.

-¿Qué os ha traído a la Boca de Dios? -preguntó el anciano a continuación.

-¿Es ese el nombre de este templo? -preguntó a su vez Cornelio, dejando por fin vía libre a su curiosidad.

-Me temo que no -respondió el viejo calmadamente-. Boca de Dios no es más que la función de este lugar. Pero veo que sólo os ha traído a él la curiosidad, lo cual no es poco.

-Queremos aprender y conocer -añadió Filócrates conciliador.

El viejo asintió sonriendo y volvió a hablar:

-Aprenderéis y conoceréis, si ese es vuestro deseo. La palabra de Dios no puede serle negada a nadie. Podéis preguntarme si no comprendéis algo.

Cornelio, impetuoso, no se hizo rogar:

-¿Sois seguidores de Zoroastro?

-Bueno, lo somos de Ahura-Mazda como él. Pero esto no es un templo como los demás ni nosotros sacerdotes como vosotros entendéis ese término. Somos los instrumentos a través de los que se expresa la voluntad divina.

Filócrates pensó que, posiblemente, se encontraban entre una secta fanática, entre los miembros de un clan herético dentro de la religión persa. No se atrevió a comunicar sus temores a su amigo Cornelio. ¿Quién podía asegurarle que aquel viejo no comprendía el latín al igual que el griego?

-No comprendo -admitió Cornelio.

-Comprenderás, aunque tal vez no creas -concluyó el viejo.

Sin decir palabra, volvió a sentarse e invitó a sus huéspedes a que siguieran su ejemplo. Cornelio y Filócrates se sentaron a su lado y esperaron. A los pocos minutos regresó el sacerdote joven que los había acompañado. Junto a él venía un chiquillo, apenas un adolescente de cabeza rapada, que vestía la ropa de los sacerdotes.

-No me preguntéis ahora -anunció el anciano-. Observad y después tendréis una explicación.

El sacerdote de barba rizada acompañó al joven pupilo hasta el centro de la sala. El muchacho se sentó allí a la manera de sus mayores y cerró los ojos en actitud de oración. Su acompañante se sentó a su lado y esperó. Cornelio se dio cuenta de que el muchacho sostenía entre sus manos una figura de arcilla. El sacerdote a su lado sujetaba en una mano una tablilla de barro y en la otra un estilo de madera, como si fuera a tomar notas. El muchacho terminó de orar y dejó en el suelo su amuleto: era un icosaedro, el sólido de veinte caras iguales. Filócrates, aficionado en tiempos a los juegos de geometría, se preguntó por el objeto de aquella figura. El muchacho echó a rodar el sólido como quien tira los dados. Cuando el icosaedro se detuvo, lo tomó con cuidado y se lo mostró al sacerdote joven y al anciano. El joven apuntó algo en su tablilla, el anciano sonrió y asintió con la cabeza. Cornelio y Filócrates observaron la ceremonia en silencio. En el sólido vieron numerosos signos grabados. Los dos supieron que el sacerdote de la tablilla había apuntado en ella uno de aquellos símbolos. El muchacho rapado volvió a repetir la ceremonia. Esta vez no hubo intermedio de meditación u oración. El chico arrojó el icosaedro como un dado y lo mostró a sus preceptores. El joven apuntó un signo en su tabla y el viejo lo animó a proseguir. Aquel ritual se repitió varias docenas de veces durante casi una hora. Filócrates y Cornelio observaron en silencio, estupefactos y curiosos. Por fin, al mostrar el joven uno de los signos, el anciano negó con la cabeza e invitó a todos a levantarse. La ceremonia había concluido.

-Hoy Ahura-Mazda no nos ha revelado nada de provecho -sentenció el anciano. Dicho esto tomó la tablilla de arcilla de manos del otro sacerdote y lo despidió junto con el muchacho.

-Os preguntaréis qué significaba este ritual -añadió el viejo dirigiendo una sonrisa a los extranjeros-. Os diré que no es un ritual. Es sólo la forma de escuchar la palabra de Dios.

Con semejante explicación cualquier idea que Cornelio o Filócrates se hubieran hecho al respecto del objeto de la ceremonia se oscureció todavía más. El anciano les dirigió una mirada inteligente y volvió a sonreír.

-¿Qué tiene que ver un juego con un poliedro con recibir mensajes divinos? -preguntó por fin Cornelio sin disimular su falta de tacto.

El anciano suspiró e invitó a los extranjeros a sentarse a su lado. Después comenzó su explicación:

-Dios, el buen Ahura-Mazda, habla con los hombres, sus criaturas, pero no habla directamente en nuestro lenguaje de palabras sino en el suyo y nuestra labor es traducirlo.

Cornelio hizo además de interrumpir la explicación, pero el anciano le pidió paciencia con un gesto y prosiguió con su exposición:

-La primera dificultad es saber cuál es el lenguaje divino. Mucha gente ha tratado de descubrirlo, pero nadie ha logrado resolver el misterio. Nadie salvo nosotros.

»Porque, ¿qué idioma puede hablar Dios? El idioma de Ahura-Mazda es el motor del mundo. Sus palabras son sus obras y acciones. Aquellas tribus que persiguen a Dios en los fenómenos naturales no andan muy desencaminadas, pero se han quedado en el objeto, en el instrumento, sin llegar al verdadero lenguaje. No os voy a impacientar más con mis rodeos: el lenguaje de Dios, el lenguaje universal con el que gobierna a todas sus criaturas, no es otro que el azar. El hombre no puede comprender las reglas del azar y supone que el azar no sigue reglas, pero es tan sólo porque son reglas divinas y está más allá de nuestro poder el comprenderlas.

»Así que el hombre sólo puede aspirar a comprender los mensajes de Dios aun sin entender las claves de ese mensaje. Allí donde surge lo inesperado, donde aparece vuestra trivial Fortuna, no hay otra cosa que la mano de Dios moviendo los hilos invisibles. Por eso es tan importante nuestra labor, porque nosotros hemos encontrado el medio de comprender el mensaje divino, la forma de transducir el azar en la palabra de Dios. Por eso este templo es la Boca de Dios.

»Habéis visto la figura de veinte caras en las manos del acólito. Nuevamente el muchacho es un instrumento y la figura es el intermedio por el cual nos llega el mensaje de Dios. Usamos un alfabeto similar a vuestro fenicio. Veinte símbolos son suficientes, entre letras que significan sonidos y pausas que indican silencios entre las palabras, para comunicarse. Si el acólito es puro, sus manos no intervienen en el resultado, sólo el lenguaje de Dios, el azar. De este modo nos llega la palabra de Dios.

»En realidad, esto no es del todo cierto. El sabio Ormuz no está solo. A su lado bulle la oscuridad, el pérfido Ahrimán, empeñado en emponzoñar la belleza del mundo. Y Ahrimán también trata de hablar y

de falsear los mensajes del Bien. Por eso la comunicación es más difícil y rara vez Ahura-Mazda en su continua lucha puede enviarnos un mensaje claro.

»Ahí encontráis la labor de los intérpretes, sacerdotes si queréis, en el difícil trabajo de separar las palabras de Ahura-Mazda de los sinsentidos de Ahrimán o sus frases equívocas y malvadas. Los intérpretes seleccionan aquí y allá para encontrar los mensajes divinos. Cuando Ahura-Mazda logra enviar un mensaje, este es incluido en el libro sagrado, el Zend-Avesta que resta por escribir.

»Pero es una tarea ardua. Este templo ha funcionado por más de doscientos años y en todo ese tiempo sólo han sido escritas tres páginas del libro de Dios, su sabiduría sólo se ha plasmado en unos cientos de frases. Pero no nos desanimamos. Cada perla que aparece de tarde en tarde es motivo suficiente para alentar nuestros esfuerzos.

»Hoy, en este intento, no hemos tenido suerte. Mirad la tablilla... Olvidaba que no entendéis. Da igual. No hay una sola frase con sentido. Sólo una palabra: salud. Puede ser un mensaje de Ahura-Mazda a los viajeros, una invitación a su conversión benéfica, o una simple broma de Ahrimán.

»Espero haber aclarado vuestras dudas y haber abierto otras nuevas y profundas. Si queréis, os puedo enseñar la palabra de Dios recopilada.

El anciano calló y el silencio parecía mágico y procedente de alguna región espiritual. Cornelio y Filócrates estaban mudos de asombro. Aún no habían tenido tiempo para alcanzar la incredulidad y la convicción del sacerdote, quizá heresiarca de la secta, había calado en sus corazones más que en su cerebro.

El viejo los guió hasta otra sala, donde brillaban dos lámparas. En el centro de la sala había un arcón de bronce sobre un trípode. El viejo abrió el cofre y extrajo tres pliegos de pergamino: la palabra de Dios. Se los dejó mirar, pero no les permitió tocarlos. Leyó en voz alta algunas de las máximas recopiladas de la boca de Ahura-Mazda, la voz del divino azar. Había palabras hermosas, tanto más por cuanto habían sido compiladas y acumuladas a partir de los inocentes giros de un dado con veinte caras.

El romano y el griego siguieron al anciano a través de numerosas salas donde presenciaron distintas formas de belleza y escucharon palabras sabias. Pero nada los impresionó tanto como la

ceremonia del poliedro y la explicación del sacerdote. Fueron tratados con deferencia y el viejo los invitó a compartir su mesa con todos los monjes. Cornelio tuvo que negarse y Filócrates manifestó la necesidad de reemprender el viaje de la forma más diplomática posible. Los acompañaron a la puerta y, antes de darse cuenta, se encontraban en el exterior. Atardecía y soplaban un recio viento del norte. Afuera esperaban los soldados. Cuatro terminaban de comer mientras otros dos hacían guardia. Cornelio y Filócrates compartieron durante unos minutos el rancho de sus hombres. Sin tiempo para reposar, volvieron a los caballos y abandonaron al trote aquel pueblo polvoriento.

Al cabo de cinco días, se reunieron con la columna de Lucio Marcelino, casi en la frontera con Siria. Allí los soldados pudieron relatar su aventura a sus compañeros. Cornelio y Filócrates narraron lo ocurrido a su tío. A Lucio le agradó la historia de aquellas prácticas bárbaras, pero le sonaron lejanas e irreales. No era raro, pues no había compartido la magia del momento. Cornelio y Filócrates, por su parte, aunque no se lo confesaron nunca de un modo explícito, habían alcanzado una especie de sabiduría a través de aquella experiencia mística. Aquella secta estaba, posiblemente, equivocada, pero igualmente claro aparecía ahora a sus ojos que los dioses no podían ser unos pobres personajes con poder sobre el trueno o los volcanes, sino algo más profundo, complejo e inexplicable.

Juan Luis Monedero Rodrigo

DE COMO LA SOCIEDAD NOS CONDENA AL INMOVILISMO (III)

Está inyectado en la conciencia popular; dos de las principales causas de este inmovilismo:

1ª Se llega a pensar que los costes que supone realizar un cambio rápido, sobre todo aquello que está mal, aunque muy extendido, son muy superiores a los costes que supone soportarlo. Y bajo esta excusa el hombre inmovilista inventó la palabra utopía, que en la intimidad define como algo que no le gustaría que pasase nunca y por eso es mejor retrasarlo lo más posible, pero que en público define como algo que es imposible que pase aunque es necesario intentarlo. Es decir, este individuo intenta desanimar a los que corren diciéndoles que nunca llegarán a la meta, pero aun así es preciso que corran. ¿Qué corredor es

tan estúpido como para correr con suficiente entusiasmo si sabe que no va a llegar nunca?

Este hombre aunque inmovilista y despreciable (en el sentido de que no debe ser tenido en cuenta) no es estúpido y prefiere tener controlados a los demás forzándoles a hacer footing ideológico de manera que se calmen sus ansias de cambio. Porque eso es lo que son los que hablan de manera nostálgica sobre la utopía, corredores de footing ideológico. ¿Para qué demonios sirven sus ideas, si con ellas nos dicen que nos vamos a acercar al horizonte pero nunca vamos a llegar a él?

2ª La segunda idea inyectada en la conciencia popular es la de que más vale malo conocido que bueno por conocer. Es decir, es mejor conformarse tragando mierda, que no comer nada. Si pensamos un momento, nos daremos cuenta de que los que nos dicen eso o son cobardes en extremo o no están tan mal como dicen. Porque el que traga mierda puede tener miedo de no comer nada, pero es inferior al miedo que tiene el que traga caviar de tener que trabajar para tragar mierda.

Además, por qué piensan que el cambio no va a ser mejor para todos. Yo te lo diré, porque son jugadores de ventaja y han hecho un mundo injusto y lo saben. Pues está claro que en el paso de un mundo injusto a otro justo, los privilegios y la injusticia desaparecen con los hombres que de ellos disfrutaban.

NOTA: No hagas footing, corre hacia lo que quieres... pero para llegar. Todo es posible que pase, salvo que pase exactamente lo que ha pasado ya.

Juan Carlos Jiménez Moreno

HALLAZGO CASUAL

Un sol adormecido y perezoso se asomaba tímidamente sobre el balcón que ofrecían los montes Macdonell como si temiera verse cegado por su propia luz. Herbert Mulligan bajó el parasol ante sus ojos y decidió mantener los faros encendidos de momento. De forma inconsciente fijó su mirada en el pequeño espejo adosado al parasol y contempló unos ojos entrecerrados y legañosos. Decididamente aquello de madrugar no le sentaba nada bien. Agitó la cabeza con fuerza durante un instante y se abofeteó cariñosamente con la palma de la mano. Se acercaban las estribaciones montañosas y el camino de

grava suelta y pedernales que empezaba a ascender contorsionándose iba a requerir toda su atención.

-Herbert, te estás haciendo viejo -se dijo-. Has dormido en una buena cama durante un montón de horas, has tomado una verdadera cena y todavía te despiertas con la cara de un lirón insomne. Cualquiera iba a creer las noches en vela que has pasado repostando whisky de barra en barra para luego ir a trabajar del tirón, ¡y como si tal cosa! -y se puso a silbar para distraerse.

El camión casi con voluntad propia trepó por aquel viejo camino tan conocido para él. Tan sólo soltaba de vez en cuando algún lamento por sus achaques que quedaba dibujado en el aire en una nube de humo negro. Llegó al campamento aún con el sol bajo.

Herbert empezó a tocar el claxon y a gritar:

-El Servicio de transportes rápidos H.M. tiene el gusto de comunicarles que han llegado los suministros y el deber de informarles que éstos no están dispuestos a saltar solos del camión. Así que ¡A descargar!

-¡Ya va, ya va! -gritó a su vez Peter Crowley desde dentro de su tienda- ¿Has de montar siempre estos espectáculos cuando vuelves de la ciudad? Espera a que me vista.

Mientras tanto Bobby, el aborigen que les ayudaba en el campamento, ya estaba al pie del camión esperando órdenes y remangándose la camisa.

-No te quejes, hay mucho que hacer hoy. Además, con el sueño que tienes sólo me quedan dos alternativas, o gritar así o echarte la tienda abajo. Pero para que veas que me preocupó por ti he traído una sorpresa que te agradará.

Y diciendo esto se remangó a su vez y se subió al camión para ir pasándole a Bobby todo lo que había comprado. Este mientras recogía una caja de cartones de leche le decía a Herbert:

-Patrón, verá como ahora el señor Crowley se despierta de veras.

Efectivamente, nada más oír que le traían una sorpresa Peter se incorporó de su cama de campaña, se colocó los pantalones a medio abrochar, la camisa sobrepuesta y las botas sin atar y salió disparado de la tienda.

-¿Qué sorpresa, qué sorpresa es esa? -decía mientras se acercaba trastabillando.

Peter Crowley a pesar de sus cuarenta y pico conservaba una porción de alma infantil que disimulaba con una amplia frente arrojada en singular lucha contra un débil baluarte de negros cabellos revueltos, incapaces de impedir su avance en dos profundas entradas a ambos lados de la cabeza. Se permitía entusiasmarse con facilidad y ser una de las pocas personas capaces de sorprenderse todavía en nuestros días. Herbert se limitó a arrojarle un cuadernillo enrollado y atado. Cuando Peter lo desató vio que se trataba del último número de la revista "Science".

-Pero que conste que lo he traído para los dos -dijo Herbert.

-Gracias Herbert. Sabía que no te olvidarías, en el fondo eres un gran tipo. ¿Os echo una mano?

-Mis huesos lo agradecerían, patrón -dijo Bobby.

Cuando acabaron de descargar y ordenar todo se sentaron alrededor de la mesa plegable para el desayuno. Peter ojeaba con ansiedad la revista y les leyó en alto:

-Mirad este titular: "Nuevos yacimientos fósiles de *Saurornitoides rex*" -y señalando con el dedo- Herbert, fíjate en este dibujo de un cráneo. Casi podría asegurarte que la última muestra que encontramos es un cráneo de *Saurornitoides rex*. Por eso quería este número de la revista, así podré asegurarme.

-Pero Peter, ¿por qué tanto interés en eso del *Saurornitoides*? Los mayores yacimientos los han encontrado en Norteamérica. Este puede ser un espécimen aislado y ya hay grupos con mucho más material que nosotros trabajando en eso. Nosotros ya tenemos aquí en Australia bastante que descubrir y catalogar. Hay especies de dinosaurio que no se hallan en ningún otro lugar del mundo y cada día se encuentra una nueva. Además ya son lo suficientemente curiosos nuestros dinosaurios como para preocuparse de otros. ¿No te parece bastante interesante estudiar los únicos dinosaurios que sobrevivieron en clima frío? Si nos distraemos con otros asuntos vamos a quitarle tiempo a lo que importa. Ya hemos invertido mucho esfuerzo en ello para abandonar ahora. Recuerda que nos queda poco para completar el esqueleto de nuestro último hallazgo importante. Imagínate cuando salga publicado en las revistas científicas, se tendrán que callar los que nos criticaban diciendo que hacíamos un esfuerzo inútil, que no existían especies de gran tamaño de los dinosaurios de los hielos. ¡Un ser del tamaño de un brontosaurio que

vivía en un clima frío! Y todavía no hemos decidido como llamarle. Olvídate de ese cráneo. Envíalo a Melbourne en una caja precintada con los datos precisos y que ellos hagan con él lo que quieran. Nosotros a lo nuestro.

-Herbert, creo que no te das cuenta de la importancia de esos hallazgos. Hasta este momento el *Saurornitoides* era la especie de dinosaurio que anatómicamente poseía las características más propicias para evolucionar hacia el desarrollo de la inteligencia. Un animal con el tamaño de un canguro pequeño, erguido, con unas extremidades superiores y unas zarpas de gran movilidad, cuya relación de peso de masa cerebral respecto a masa corporal era similar a la que presenta un mandril actual. No estamos hablando de enormes animales bobos con el cerebro del tamaño de una nuez sino de animales con una inteligencia desarrollándose gracias a la evolución.

-Lo que me cuentas ya lo sé, yo también me informo.

-Sí, pero ahora en Estados Unidos y en Canadá se encuentran restos de unos animales de aspecto similar pero del tamaño de un gorila, con una relación de peso cerebral y peso corporal parecida también a la de un gorila o incluso mayor en algunos especímenes, con zarpas de dedos más largos y móviles que les debieron permitir coger objetos, y por ese motivo a la nueva especie la llaman *Saurornitoides rex*. ¿Y tu me dices que me olvide de ese cráneo porque sólo he hallado uno? ¿Cómo sé que no hay más? Hasta ahora, a diferencia de lo que suelen ser los yacimientos fósiles, siempre se les ha encontrado agrupados en gran número. Por el momento es la única especie de dinosaurios que se conoce que viviera en grandes manadas y se postula incluso que tuviesen una organización social y un código de señales como tienen ahora los lobos, o quizás un sistema más complejo, como los gorilas. Hablamos del desarrollo de la inteligencia dentro de una clase de animales ya extinguida. Es un descubrimiento de última hora en paleontología y no puedo perder la oportunidad de estudiarlo. Tú como biólogo deberías comprender lo que significa.

-Bueno, en definitiva, ¿qué me quieres decir?

-El cráneo lo hallé casualmente en la misma área donde encontramos el esqueleto del gran dinosaurio. Nos dedicaremos a seguir buscando las piezas que nos faltan para recomponer nuestro

animalote, pero los huesos de *Saurornitoides rex* que encontremos me los quedaré yo para estudiarlos. Me niego a enviarlos a Melbourne.

-Bueno, si es así no me opongo. Yo también guardaré las piezas que encuentre para tu colección -añadió con una sonrisa de complacencia-. Y demos las gracias por la caída de aquel cometa que acabó con estos bichos, porque si no nuestro trabajo lo estarían realizando dos monstruos escamosos y en lugar de nosotros habría dos musarañas bigotudas excavando también, eso sí, pero para buscar lombrices.

Gracias a la discusión el desayuno se extendió más de lo habitual, pero sólo un poco más porque Bobby dio buena cuenta de su comida y de parte de la que parecían ignorar sus patrones. El sol ya se había desperezado completamente y extendía sus largos brazos de luz por todas partes, espantando las sombras y pintando brillos en los picachos cercanos. Recogieron la mesa, se equiparon con lo necesario y montaron en el camión, ya vacío de víveres, para dirigirse al campo de excavaciones, no muy lejano de allí. El suelo arenoso y calcáreo del campo mostraba las heridas y llagas provocadas por el ataque de los dos paleontólogos ávidos de despojos del pasado. Toda su extensión estaba surcada de cuerdas divisorias atadas a pequeñas estacas. En un extremo del campo la pared vertical de un pequeño cerro daba sombra y en su pie se podía ver también el efecto de la curiosa carcoma. Iniciaron el trabajo tal como estaban acostumbrados. Bobby empezaba a desbastar aquellas zonas aún no exploradas a golpe de pico. A pesar de su aspecto rudo, este hombretón de casi dos metros, con un cuerpo tallado en músculo, mostraba un rostro rebosante de bondad e ingenuidad que se completaba con unos tranquilos ojos negrísimos que parecían preguntar a cada momento el porqué de cada soplo de viento, de cada pájaro del cielo o de cada piedra. Este hombre unido directamente al suelo por un cordón umbilical invisible demostraba una sensibilidad y una delicadeza tales que le permitían partir la roca como pan recién horneado y dejar al descubierto indemnes las joyas fósiles que aquella escondió con avaricia durante eones. Por su parte Peter y Herbert, con paciencia de relojeros y armados de finos escoplos, macillos, cepillos y pistolas de aire, extraían formas precisas y bellas de la amorfa piedra que abría Bobby. Como si las esculpieran en lugar de limitarse a su extracción, trabajaban con esmero. Al poco Bobby se detuvo y gritó:

-¡Patrón, patrón! ¿Qué es esto?

Boby estaba cavando justo al pie de la pared rocosa, prácticamente a nivel del suelo. Peter acudió rápidamente. En la roca aparecían unas manchas oscuras de muy diversas formas geométricas trazadas con precisión de delineante. Algunas daban la sensación de formar entrelazados y en otros casos se unían varias de las figuras para formar otra mayor.

-Mire, patrón, esto parece un vaso. Y mire, esto parece un martillo picudo. Y esto, ¡qué gracioso!, parece una pistola.

-¡Ah, sí! -dijo Peter-. Son los fósiles que se han hallado ya en otros yacimientos de *Saurornitoides rex*. Realmente curiosos. Se cree que son restos de crustáceos y otros animales extraños que convivieron con los *Saurornitoides*. Lo más desconcertante es que no han sido encontrados antes, ni siquiera de forma aislada, y sin embargo son muy abundantes en los yacimientos de estos dinosaurios. Se piensa que por algún motivo, tal vez por ser parte de su dieta, los *Saurornitoides* los recolectaban y por eso se acumulan en sus yacimientos y es difícil hallarlos fuera de ellos. Sigue, Boby, esos fósiles no nos interesan. Como hay muchos quedarán los suficientes sin romper para enviar a Melbourne un paquete. Creo que estamos cerca de un buen yacimiento.

-Oye, Peter, eso si que no -amonestó Herbert-. Hemos llegado a un acuerdo. Estamos aquí para buscar fragmentos de nuestro dinosaurio. No me hanches las narices ahora con tus bicharracos. Vas a hacer que me arrepienta de haberte traído la dichosa revista. La próxima vez que me hables de buscar tus malditos dinosaurios te hago comer un kilo de fósiles con roca y todo. -Y mientras decía esto su cara, de natural blanca, se volvía roja, y esto añadido a su barba pelirroja le daba un aspecto terrible.

-Vaya, ya me tenía preocupado tu buen humor, no te reconocía. No pienso buscar restos de lo que tu ya sabes, pero si encuentro alguno por casualidad no lo tiraré.

Prosiguieron con su trabajo. Boby continuó propinando tremendos golpes a la roca y Peter y Herbert se dedicaron a fragmentar los trozos que desprendía Boby en busca de restos fósiles de su dinosaurio. Al poco rato Boby se detuvo de nuevo.

-¡Patrón, patrón! ¿Qué es esto? -y señalaba unas franjas verticales de color ocre en la pared.

Peter se acercó a la pared y vio lo que parecían dos tabiques enterrados perpendicularmente en la pared, separados varios metros entre sí.

-¡Qué extraño! Por lo que yo sé no hay ningún proceso geológico capaz de crear una formación así. Dos estratificaciones entrecruzadas. De todas formas, el próximo día que haya que traer víveres bajaré yo mismo a Alice Spring y pediré información sobre el tema a la universidad de Camberra.

-Bueno, olvidémonos de la geología y sigamos a lo nuestro. Estoy desesperado ya. Creo que nunca vamos a encontrar lo que nos falta del esqueleto. No me va a gustar tener que completarlo con piezas de escayola y con un cartel que informe "Los huesos de las patas de este modelo son una reproducción diseñada basándose en otras especies de dinosaurio de tamaño similar. No se ha hallado ningún resto fósil de las extremidades de la especie llamada dinosaurio cojo" -dijo Herbert con burla- Bah, ¡qué vergüenza!, mira que haber dado con un tullido. Bueno, Bobby, dale fuerte.

Hoy el campo de excavación parecía más una cantera que un trabajo de paleontología. Bobby continuaba extrayendo roca con aquellas extrañas incrustaciones geométricas que aparecían de tanto en tanto. Herbert en un momento dado se detuvo y adoptó un aire pensativo.

-Tal vez hemos seguido la dirección correcta pero el sentido equivocado. Lo que tenemos de esqueleto lo hallamos justo al pie de la pared y hemos excavado hacia ella. Tal vez tengamos más suerte excavando hacia el otro lado, alejándonos de la pared rocosa. Voy a coger un pico y voy a intentarlo. -Se alejó un poco y se quedó mirando la pared- Peter, ¿no te has fijado? Estábamos cavando justo debajo de ese estrato delgado más oscuro. Tal como hicimos la datación de las muestras de roca que tomamos cuando llegamos, esa zona corresponde más o menos a una antigüedad de sesenta y cinco a setenta millones de años, el periodo que marca la extinción de los dinosaurios. Creo que no vamos a encontrar nada ahí. ¡Vaya trabajo estúpido que hemos hecho todo el día!

-No lo creas. -dijo Peter- Todos los restos de lo que ya sabes han aparecido muy próximos a esas fechas. De hecho, se cree que son uno de los últimos escalones en la evolución de los dinosaurios. Yo voy a seguir un poco más.

-Bueno, ya estoy harto de discutir contigo. Haz lo que te venga en gana. Si quieres trabajar para nada hazlo solo. Yo me quedo con Bobby. ¡Bobby ven aquí!

Bobby acudió obediente. Entre él y Herbert marcaron de nuevo el suelo en una zona alejada de la pared rocosa y se pusieron a cavar inmediatamente, con más ahínco que antes incluso. Peter siguió en solitario al pie de la pared rocosa. Bobby se detuvo al cabo de media hora pero fue para decir:

-Patrones, estoy harto de comer sólo roca. Quiero comer algo menos duro.

Sus patrones entendieron la insinuación al momento. Montaron la cocina de campaña y prepararon una comida sencilla. Después desplegaron su pequeña mesa de camping y se sentaron sobre sillas plegables a reponer fuerzas. Peter y Herbert tenían la mirada fija en sus platos sin mediar palabra. Herbert mostraba aspecto de preocupación y Peter tenía la mirada perdida del que está en las nubes. Bobby cortó el silencio de un tajo, sin ningún miramiento.

-Patrones, yo sé que ustedes son gente de mucho saber y que tratan de cosas que Bobby no entiende. Pero yo sólo quiero entender una cosa. ¿Por qué les preocupa tanto el pasado? Yo para conocer el pasado sólo tengo que preguntarle a un anciano de mi tribu y él me cuenta como se formó el mundo y como aparecimos los hombres. Y ya está, eso ya no me preocupa y me ocupo del día de hoy, y así disfruto de este plato de judías que prepara tan bien el señor Mulligan, y también me preocupo de lo que haré y qué regalos llevaré a mi mujer y mis hijos cuando vaya a casa.

-No lo comprenderías. -dijo Herbert- Y de ninguna manera pienso ponerme a hablar de tus dioses. Me alegra que te gusten mis judías porque espero que te hayan dado fuerzas para continuar. Nos van a hacer falta.

Terminada la comida continuaron la excavación. Herbert en la primera hora encontró otro esqueleto, pero cual fue su sorpresa al ver que también carecía de patas. Peter a su vez lanzó una exclamación poco después cuando encontró dos cráneos más de *Saurornitoides*.

El sol ya se iba agotando de su largo paseo y se dirigió a su lecho para pasar otra noche. Las sombras se alargaban y cada vez se veía menos. El grupo de picadores decidió regresar al campamento

para cenar frugalmente y acostarse. La mañana siguiente les daría nuevos ánimos para continuar el trabajo y efectivamente el nuevo día amaneció más caluroso que el previo. Tras un breve desayuno, movidos por la impaciencia y arrastrando a un despreocupado Bobby que se empeñó en engullir toda su ración, comenzaron de nuevo los trabajos. Durante las primeras horas de la mañana se trabajaba bien. Hacía una temperatura agradable y el esfuerzo resultaba refrescante. En las tres primeras horas Herbert encontró otros dos esqueletos, ambos incompletos.

-¡Qué barbaridad!, Peter. Así da gusto excavar, aparecen por doquier. Creo que no sólo tus bichos vivían en manadas.

Herbert no se molestaba en extraer los fósiles, ni siquiera en descubrirlos del todo, eso le llevaría mucho tiempo. Se limitaba a desvelar lo suficiente para ver si tenían patas y los dejaba. Sin embargo, cada vez mostraba más desilusión al ver que todos los especímenes eran cojos. Peter por su parte halló numerosos esqueletos de *Saurornitoides rex*. Tampoco los extraía. Hacía como Herbert, descubría el fósil y pasaba a buscar en otro sitio.

-He encontrado una colonia aquí en Australia. -gritaba- Podremos montar nuestra propia línea de investigación.

Entre los esqueletos de *Saurornitoides* seguían apareciendo de vez en cuando los extraños fósiles geométricos y aquellas extrañas estratificaciones perpendiculares.

-Te estás distrayendo, Peter. Te vas a olvidar de buscar lo nuestro. Fíjate bien no vayas a cargarte un fémur por tu obsesión por encontrar esos bichejos.

Al mediodía el calor les obligó a quitarse la camisa. Dos horas más tarde Herbert dio un alarido como el de un coyote. Llegó corriendo hasta Peter, le cogió del brazo y arrastrándole por el camino le acercó a su zona del campo y le empujó la cabeza para que mirara hacia abajo.

-¡Un fémur, un fémur! Y debajo una tibia y los dedos de las patas. He esperado a descubrirlo todo para enseñártelo. Por lo menos ya tenemos un modelo real para la escayola. Ya no le llamarán el dinosaurio cojo de los montes Macdonell.

Después Peter señaló hacia la pared.

-Yo he encontrado más esqueletos. Realmente es un yacimiento. Pero he topado con algo que no me deja avanzar. Es un

estrato vertical que parece colocado como una pared, como un frontón ante mí. Por favor, Bobby, déjame tu pico. Es más pesado que el mío y con él me será más fácil atravesar esta losa. Quiero ver si detrás hay más fósiles. Estoy contento, he dejado medio descubiertos diez esqueletos. Me los llevaré todos.

-Ya no me importa. ¡Como si te quieres llevar todo ese peñón! Ya tenemos lo que queríamos. ¿No te alegra? Voy a seguir excavando un poco más de todas formas, a ver si doy con las tres patas que faltan. Eso ya sería el sumum. Pero antes vamos a comer un poco, esto me ha abierto el apetito. Me siento inspirado, hoy os vais a chupar los dedos.

Durante la comida, de nuevo preparada por Herbert, el cocinero estuvo eufórico y locuaz. Contó unos cuantos chistes y varias anécdotas, todas aparentemente reales, aunque Peter sabía que alguna era inventada, y casi todas de asuntos de faldas.

-Tengo ganas de volver a ver a Mary. -interrumpió Peter, al cual se le había despertado la nostalgia con el tema- Ella quiso venir pero su trabajo de química no la tiene acostumbrada al polvo, ni a la comida de lata, ni a las literas de campaña ni a la falta de duchas, así que la convencí para que se quedara en Melbourne diciéndola que sería poco tiempo. Ya llevamos seis meses aquí y creo que tiene la sensación de que le mentí. Me lo reprocha continuamente en sus cartas.

-Ya me lo habías contado. ¡Bah!, mujeres. Por eso yo no me casé. -respondió Herbert.

-Las mujeres cuidan bien a sus esposos. -apuntó Bobby- Además ¿quién no tuvo madre?

Zanjado el tema por Bobby de esta forma tan simple, volvieron después de comer a la tarea aparentemente interminable que tenían entre manos. Por la tarde el calor se hizo más intenso. El sudor que corría por sus frentes les provocaba escozor en los ojos. Se ataron un pañuelo a la cabeza. Herbert goteaba por su barba como si estuviese formándose una estalactita en su mentón. En unas pocas horas Herbert quedó asombrado ante un curioso descubrimiento. Encontró no sólo cuatro sino una docena de fósiles de extremidades inferiores. Los dejó sin descubrir.

-¡Vaya si es curioso esto! Las patas juntas por un lado y el resto por otro. ¿Lo harían también tus amiguitos, los inteligentes?, Peter.

-No lo sé, la verdad, es extraño. Ya buscaremos explicación en otro rato. Ahora haced el favor de venir aquí y ayudadme con el pico. Casi he llegado al otro lado de esto que parecía un muro.

Herbert y Boby se acercaron y entre los tres lograron abrir un boquete lo bastante grande como para trabajar cómodo. Continuaron picando un poco en profundidad. Peter se detuvo y alzó la mano.

-¡Alto un momento! Aquí parece que hay algo.

Peter cambió el pico por cinceles de tamaño cada vez menor. Poco a poco apareció una forma cilíndrica vertical, bastante regular, como una columna. Al limpiar a su alrededor comprobaron que medía aproximadamente metro y medio de diámetro.

-Jamás se encontró un hueso tan grande. -exclamó Herbert- Este fémur corresponde a un animal inmenso. Esto si va a ser el hallazgo del siglo.

Peter continuó con delicadeza. Repentinamente el cincel quedó enganchado en una grieta situada en el fósil. Peter cambió el cincel por el cepillo fuerte y la pistola de aire. Lentamente quedaron al descubierto lo que parecían trazos claramente tallados en el cilindro. Varios surcos de aproximadamente un centímetro de grosor y uno de profundidad hacían un dibujo extrañamente familiar. El dibujo entero medía unos tres palmos y representaba algo similar a una nube y sobre ella la figura de un hongo de contornos irregulares, también como hecho de nube, del que irradiaban líneas haciendo zigzag en todas direcciones. A la derecha en vertical una serie de pequeños dibujos, algunos repetidos, parecían representar una tipografía extraña. Peter no quiso dar crédito a lo que su mente interpretaba en aquel dibujo. Continuó tallando hacia arriba y vio que el enorme fósil cilíndrico, de un curioso color oscuro similar al orín, se afilaba y terminaba en una punta redondeada como un lapicero. No quiso seguir, ya no necesitaba más. Ya sabía que ese fósil no era un elemento natural.

Entonces Herbert dio fe de la inteligencia de los *Saurornitoides rex* y Peter de pronto comprendió qué eran aquellos fósiles geométricos tan extraños y qué significaban los estratos verticales. Y supo finalmente la causa de la extinción de los dinosaurios y la naturaleza de aquel fino estrato de polvo negro sobre

los fósiles. Todo se volvió tristemente familiar y el remoto pasado saltó varios millones de años para acercarse al presente.

Además todos supieron intuitivamente como se llamaron entre ellos los viejos *Saurornitoides rex*,... se llamaron HOMBRES.

Gerardo Monedero Rodrigo
(*Homo sapiens*)

Ayer me he encontrado recordando
historias de un absurdo pasado
imágenes borrosas
sucesos,
descalabros.
Y es que uno no puede vivir
sin mirar atrás de cuando en cuando
aun sabiendo,
aun pensando,
que mis huesos pueden acabar en sal y mis
piernas y mis manos,
que lo peor no es volver la cabeza,
ni recordar,
ni llorar,
ni lamentarse.
No. Eso no.
Es no querer mirar hacia delante.
Narciso Tuera

POR LA CARA

Me sucedió hace un par de meses. Paseaba, como otras veces, por las umbrosas callejas del parque. Era una soleada tarde primaveral. Los caprichosos reflejos de la luz entre los árboles, el canto de los pájaros, los gritos de los chiquillos jugando, eran toda mi compañía. La apacibilidad despertaba mi melancolía. Recuerdos de otros paseos, de otras gentes, de un tiempo más feliz en el recuerdo que en la realidad. Casi sin sentir, siguiendo el sendero desconocido pero hollado por mil pies, desemoqué en la calle principal. Entre recias moreras corría el

viejo empedrado de adoquines que cruzaba el parque de un extremo a otro. Rondaba por allí más gente de lo acostumbrado. Había una razón para la presencia de tantos viandantes: la feria de libros. Los pasos de los transeúntes no eran vagabundos como los míos. A ambos lados del empedrado se alzaban las casetas de madera de los libreros, levantadas apresuradamente, como cada año, más para exhibirse durante un par de semanas que para forzar las alicaídas ventas. Yo lo había olvidado, y siempre acostumbraba visitar los puestos para curiosear y comprar, tal vez, algún libro. Era una buena ocasión para echar un vistazo y un final adecuado para tan delicioso paseo.

Siempre me gusta comprar libros yo solo. Soy bastante pesado cuando me pongo a curiosear entre los libros. Tal vez me detengo una y mil veces ante un mismo volumen, sin decidirme a comprarlo o abandonarlo definitivamente. A veces compro libros inverosímiles, movido por una hermosa encuadernación o un bonito título. Me comporto frente a los libros como otras personas frente a la ropa o algunas mujeres ante los afeites y maquillajes. Acostumbro a decir que tengo manía bibliotecaria. Los libros me parecen hermosos en sí mismos y yo suelo acumularlos a un ritmo mayor que el de su lectura. Más que un bibliófilo me considero un constructor de bibliotecas.

Aquel día, no podía ser de otro modo, avancé lentamente entre los puestos, recorrí la feria de arriba abajo un par de veces, sin comprar nada, sin decidirme por este o aquel ejemplar. Mi especial obsesión me hacía detenerme un buen rato ante cada puesto, leyendo los títulos, hojeando los volúmenes, tal vez leyendo una introducción o un par de páginas, ante la mirada fiscal del librero, para luego abandonar el libro en su lugar. Muchas veces desechar unos u otros libros no obedece a una cuestión de criterio sino de economía. Si por mí fuera compraría casi todos los libros, pero mi presupuesto no me lo permite. Si decido que voy a gastarme un dinero en libros me cuesta Dios y ayuda escoger los ejemplares que optimizarán mi maravillosa inversión.

A la par, ejerzo de mirón y curioso. Me es agradable observar a otros compradores y lectores. En más de una ocasión he comprado un volumen, que me parecía carente de interés, sólo después de haber visto a alguien con el libro en la mano o tras espiar el comentario de algún comprador a un amigo. Supongo que para muchos lectores habituales mi comportamiento no sonará tan extraño como a aquellos que no acostumbran a comprar libros.

De vuelta a mi paseo, lo único que me ha movido a convertirme en circunstancial narrador, tengo que confesar que, en aquella ocasión, los tenderetes me estaban desilusionando. Me parecía que sólo hallaba vulgaridades, ejemplares sin interés, sin ese detalle que los convertía en deseables a mis ojos. Quizás, todo es posible, aquella indiferencia se debía a mi peculiar estado de ánimo. Es posible también que aquella melancolía que me envolvía fuese en parte responsable de mi reacción cuando por fin encontré un volumen interesante. Proseguí mi paseo desplazándome lánguidamente de un puesto a otro, ojeando los libros sin comprar ninguno. El cielo, poco a poco, adquiría los matices rosados del próximo atardecer, dotando a mi estado de ánimo de nuevos tonos grises ante el final del día. Los libreros me miraban con ojos lacónicos, más aburridos por mis interminables paseos que por mi falta de interés en la compra de sus libros.

Finalmente, entre tantas casetas, me detuve, tal vez ya lo había hecho anteriormente, en el penúltimo puesto de la hilera. Era un tenderete de aspecto descuidado, aun en comparación con los otros, lleno de libros viejos, muchos de ellos en mal estado. En un montón se apilaban las ofertas del día. Una infinidad de volúmenes con títulos irrisorios o vacíos, multitud de volúmenes cuya simple edición había sido un desafío a su impublicabilidad. El tipo de miscelánea en cuya superficie le gusta escarbar al bibliófilo, buscando, como el filatélico, la desconocida maravilla que habita entre la miseria.

Para mí esas pilas de libros tienen un atractivo especial. Muchas veces he encontrado libros maravillosos, otras veces he imaginado encontrarlos. Auténticos incunables, en cualquier caso, casi imposibles de repetir. Recuerdo aquella vez, hace años, cuando caminaba adolescente entre esos mismos puestos u otros semejantes. Me imaginaba enamorado y buscaba el libro que reflejase mi amor, que lo expresase con palabras que yo no encontraba. Hallé el libro desconocido, mágico, cuyo sólo título reflejaba mi turbación. Encuadernado en piel vi un ejemplar de "Luz y Cristina", no recuerdo quién era su autor. Era un libro hermoso, desconocido, cuyo nombre sugerente contenía el de mi amada. Pregunté su precio y resultó demasiado elevado para mí. Llevado por la desesperación del momento intenté regatear, pero fue inútil. ¿Pueden imaginarse mi enorme desilusión? Busqué por todas partes otro ejemplar de aquel libro, otra edición accesible a mi bolsillo. No la hallé, como tampoco hallé el modo

de acercarme a mi dulce amor juvenil. El libro permaneció tan misterioso y desconocido como mi amada, dejando una pequeña huella, como el marcador en un libro, dentro de mi corazón.

Los paseos se han repetido cientos de veces desde aquella tierna adolescencia. El tiempo dignifica la rutina convirtiéndola en tradición. Pero la magia de aquel encuentro no se repitió nunca. Nunca hasta que me enfrenté nuevamente a aquel montón de libros viejos, sucios y rotos. Probablemente había pasado ya ante ellos sin mirarlos o quizá el librero los había sacado recientemente de su baúl de recuerdos para ofrecerlos al comprador, amontonados como las cosas inútiles que eran, bajo un cartel en que se valoraban las esperanzas y sueños de los autores a un precio ridículo.

Me detuve, pues, ante aquella mezcla de libritos, panfletos, cuadernillos, reliquias. Había presupuestos de viejos ministerios, actas de reuniones olvidadas, libros vulgares, clásicos deslomados, indignantes burlas esotéricas y milagrosas. Y estaba "Ella". Cuando lo vi estuve a punto de pasar de largo. Era un librito encuadernado en rústica, con las esquinas de las tapas de cartón rotas, las páginas medio amarillentas y el lomo desgastado por el uso. Sólo sobresalía una esquina del libro entre los cientos de volúmenes sin color. Por casualidad acerté a extraerlo y miré su portada. Fue una de las pocas ocasiones en que no dudé de que debía comprar un libro. Nada más ver su portada me había enamorado de él. Por un instante contemplé obnubilado la imagen de la portada. Era un libro en francés "Elle" de Pierre Daguerre, y bajo el título había una fotografía, o grabado en blanco y negro, que representaba el rostro de una mujer. La mirada que me dirigía la imagen de "Ella" era la de la mujer más sugerente con que nunca me había enfrentado. Avergonzado por el injusto intercambio, pagué al librero el precio irrisorio que exigía por aquella maravilla, guardé sin mirar el ejemplar en el bolsillo de mi gabardina, asustado de tanta belleza, y me alejé de la feria y el parque, maravillado por el hallazgo y sin deseos de comprar nada más, ni de pasear más. Llevaba la magia en el bolsillo y no quería mezclarla, al menos por el momento, con ninguna otra sensualidad. Jamás, al comprar un libro, me he sentido emocionado, pero en aquella ocasión, aferrando el volumen dentro del bolsillo, sentía que el pulso se me aceleraba y que un cierto acaloramiento ascendía por mis mejillas.

Llegué a casa cuando comenzaba a anochecer. Tendrían que ver mi piso. Tras un estrecho corredor se pasa al amplio salón cuyas cuatro

paredes están cubiertas por estanterías plagadas de libros. Los demás muebles, una mesita y un par de sillones, como si fueran algo accesorio, ocupan el centro de la estancia. Las demás habitaciones tienen un aspecto semejante aunque menos impresionante puesto que la densidad de libros se hace en ellas algo menor. Llegué a casa, digo, encendí la lámpara de mesa y ocupé mi sillón de lectura. Sin quitarme la gabardina, me senté a la luz y saqué del bolsillo el pequeño libro. Me quedé embobado mirando la portada, presa de alguna clase de hipnosis. Me gustaría poder incluir en mi narración una fotografía de aquella portada. Las descripciones no son mi fuerte. El nombre del autor en letras pequeñas, intentando pasar desapercibido, el título de la obra y la imagen que el ilustrador había deslizado como sujeto adecuado a ese título. Un medio busto perfecto, los hombros desnudos, el cuello fino, largo y sensual, y aquel rostro angelical. Daba la impresión de ser una foto retocada para darle aspecto de antigüedad. Tal vez era verdaderamente antigua, quizá de los locos años veinte o anterior. Nunca pude decidir si era una fotografía real o un grabado de excepcional calidad. Desde la portada me miraban aquellos ojos oscuros, rientes, acompañando a una sonrisa estrecha, provocadora, sutil, giocondesca. Un rostro dulcísimo, ovalado, de mejillas turgentes y nariz respingona, ojos grandes y pícaros, quizá negros realmente, el pelo rizado, cayendo en mechones ensortijados sobre los hombros, tan negro como los ojos. No, creo que nadie puede hacerse una idea de como era "Ella". No podía apartar la vista de aquel libro gastado, no me atrevía a pasar la primera página, fascinado por aquella imagen desconocida, de la belleza del misterio.

Es extraño, no deseaba otra cosa que contemplar indefinidamente aquella fotografía. Había comprado un libro y no deseaba ojearlo, incluso me asustaba. Y, sin embargo, todo el libro contenía el misterio de la portada. ¿Sería la imagen de la portada un reflejo de la historia del libro?, ¿sería aquella joven la musa del autor? Me preguntaba si sería de algún modo posible conocer la identidad de la modelo. ¿Existiría o habría existido en algún tiempo?, ¿habría muerto?, ¿sería aún joven? Ni siquiera me daba cuenta de lo ridículo de mis pensamientos. Yo, devorador de contenidos, había quedado prendado por la forma.

Casi llegué a plantearme seriamente la posibilidad de conocer a la modelo. Tal vez podría encontrar su foto, si es que existía o había

existido, en algún lugar, en alguna revista. Quizá, pensaba, era posible conocer su identidad, saber dónde y cuándo había vivido, cómo era y cuál era su vida. Quizá, pensaba, aquella joven hermosa todavía estaba viva, quizá aún era joven, quizá era una venerable anciana, quizá había perdido su belleza pero no la picardía de sus ojos. Pero entre tanto quizá me daba cuenta de que no me interesaba conocerla aunque aquello fuera posible. Si conocer la identidad del modelo hubiera estado al alcance de mis posibilidades supongo que no habría indagado. En el fondo no deseaba romper el misterio. Conocer la identidad de aquella mujer habría satisfecho mi curiosidad, pero habría roto el secreto placer de la imaginación. El extraño magnetismo de la imagen era hermoso por desconocido, por irreal e ilusorio. La portada y el título habían sugerido en mi imaginación una historia indeterminada, un personaje rodeado de sentimientos bellos y puros. "Ella" era la magia de lo desconocido.

En cierto modo, aquello era una forma de enamoramiento, una especie de flechazo de lo sensual. Aquella imagen reflejaba mi ideal de belleza, no sólo en lo físico, imaginaba, sino también en lo espiritual. Me parecía que esos ojos me transmitían su alma, su sonrisa era la sonrisa de aquel espíritu hermoso y desconocido. En el fondo no era una situación muy diferente de la de cualquier otro flechazo. A partir de una imagen, una palabra o un gesto, se puede construir una obsesión. Es fácil imaginar un sentido a la vida a partir del vacío. De nada sirve decir que uno sólo puede enamorarse de personas reales. No es cierto. El sujeto de nuestra obsesión puede ser real, pero, nos sea o no conocido, siempre lo construimos en nuestra imaginación del modo que nos resulta más placentero o deseable. Puede no ser una actitud consciente, pero, quién no se ha enamorado del amor en alguna ocasión. Esa, creo yo ahora, era mi situación ante aquella imagen sensual que podía llevar toda una historia tras de sí. Una historia que yo estaba dispuesto a ignorar, temeroso de que frustrase mis esperanzas de iluminado.

Finalmente, la curiosidad pudo más que mi temor. Di la vuelta a la portada y me encontré con el cartón blanco y limpio, vacío y carente de sentido. En la primera página se repetía el nombre del autor y debajo, en grandes letras de preciosa caligrafía, el nombre de la obra, el nombre que yo había dado a la imagen de la portada: "Elle". Pasé una página más. El libro había sido editado en Lyon, no venía la fecha, por la imprenta de Monsieur Rapin. No había ninguna referencia al origen de la portada ni sobre el autor del libro. En la página siguiente había una

dedicatoria "Pour elle", después comenzaba la novela de Pierre Daguerre. No me atreví a comenzar el primer capítulo. Cerré el libro, contemplé un instante la mirada subyugante de la portada y me obligué a dejar el volumen sobre una repisa de la estantería. Con la imagen de "Ella" grabada en mi mente, me levanté, me quité la gabardina y los zapatos y me fui a la cocina a realizar una tarea tan pedestre como prepararme la cena.

Aquella noche creo que soñé con "Ella". No recuerdo cómo era o qué hacía. Se trataba de un sueño difuso en el que su imagen me perseguía. "Ella" se movía, pero no tenía voz. Simplemente repetía para mí su sonrisa y me dedicaba su mirada insinuante.

Cuando sonó el despertador, la imagen permaneció un instante en mi imaginación. Recordé el libro. ¿Habría sido también un sueño? Me levanté, me vestí y me dirigí al salón. Allí estaba "Ella", sonriendo desde la segunda repisa de la estantería. Me desesperé con una ducha, desayuné y me fui a trabajar. Estuve a punto de llevarme la novela conmigo, dispuesto a leerla de camino en el metro. Pero aún no me atrevía a desentrañar el misterio del libro. En realidad sólo pretendía tener su imagen a mi lado, para poderla mirar en cualquier instante. Finalmente me llevé la novela que ya tenía empezada.

En el trabajo anduve despistado. La turbación del espíritu, por ridícula que sea, no es adecuada para realizar nuestras tareas rutinarias. Afortunadamente, mi trabajo de oficinista no requiere especial atención ni implica excesivas responsabilidades. Es curioso, pero nadie pareció darse cuenta de que andaba en las nubes. Ni siquiera me apercibí de la minifalda de la secretaria que todos echaron en falta a la mañana siguiente.

Volví a casa y me desplomé en el sillón, agotado tras una jornada de entera inactividad. Después de meditar un instante, decidí que aquella situación no podía proseguir por más tiempo: debía leer aquel libro que me estaba obsesionando de un modo grotesco. Estaba completamente decidido a llevar a cabo mi plan, pero cuando tomé el libro de la repisa y me enfrenté a la dulcísima mirada de aquel rostro estuve a punto de abandonar mi tentativa. Sin darme cuenta, me eché a reír. Jamás había imaginado que para leer un libro podría ser necesario el valor. Como el valor es algo que siempre me ha faltado, me armé de tozudez y abrí el libro por la página de la dedicatoria.

Es posible que no fueran sólo la curiosidad o el sentido del ridículo los que me obligaron a iniciar la lectura, creo que también esperaba contrastar mis sueños con los del autor y esperaba comprobar que ambos eran el mismo. No me daba cuenta de que aquello era imposible.

La primera página me mostró algo que había dado siempre por supuesto: se trataba de una novela de amor. El personaje central era una mujer, el narrador era el otro protagonista y podía ser a la vez el autor, con su corazón implicado en aquella turbulenta y triste historia. Era un amor imposible, inviable, un fracaso lleno de ternura y dolor. El autor reflejaba la angustia, la frustración del mutuo desconocimiento, la imposibilidad de acercarse a la persona amada, a una "Elle" cuyo nombre era Constance. Tras el primer capítulo volví a mirar la portada. No sé exactamente lo que sentí. Aquella bella imagen era ahora para mí la de Constance y tenía pensamientos propios: los que el autor había puesto a su personaje. Volví a abrir el libro. Había comenzado a desentrañar el misterio de aquella portada, que por otro lado seguía siendo tan misteriosa como siempre ya que mi "Elle" no había dejado de ser una mujer desconocida, y no me quedaba más remedio, o así lo veía yo, que proseguir hasta el final.

Pasé casi toda la noche leyendo. La historia era hermosa y estaba escrita de un modo bello y sincero. Su final era triste. No podía ser de otro modo. Daba la impresión de ser una historia real o casi. El autor había volcado su corazón destrozado sobre aquellas páginas. Aquel Pierre Daguerre estaba dotado de una gran sensibilidad acompañada de cierta habilidad narrativa. Supuse que se trataba de un autor de comienzos de siglo. Su estilo me recordaba al de Proust, al que tal vez imitaba. Se centraba en lo nimio, en el detalle, al que dotaba de un sentido trascendente, si no milagroso. Lo casual y fortuito parecía haber determinado aquella tormentosa relación. Era, en resumen, un libro hermoso.

Al concluir, no sé por qué, no miré la portada sino que dejé el libro sobre la repisa con la contraportada hacia arriba. Cogí un volumen de la enciclopedia y busqué. No aparecía el nombre de Pierre Daguerre. Tal vez aquella obra que había tenido en mis manos era la única que había escrito. Tomé nuevamente la novela y contemplé la portada. Allí seguía la hermosa mujer observándome. Su gesto sugerente, su sonrisa ambigua. Pero ya no me parecía misteriosa. Para mí era la Constance de

Daguerre. El libro era hermoso, la historia me había agradado, pero la magia, en cierto modo, había desaparecido. Ya no era mi "Elle" desconocida la que me miraba desde la portada. Mi sueño misterioso e indefinido se había materializado. "Elle" ya no representaba lo desconocido. Ahora era un objeto hermoso, lleno de contenido, pero había dejado de ser lo que quiera que yo me imaginara para convertirse únicamente en un libro.

Busqué un hueco en una de las estanterías y deposité en él aquella novela. Desde entonces no he vuelto a ojearla ni a mirar aquella portada que fue tan subyugante para mí. Había perdido su atracción. Y no, en estos últimos dos meses no se ha vuelto a producir la magia. Los últimos libros que he adquirido eran sólo eso, libros que contenían los sueños del autor pero no los míos.

Juan Luis Monedero Rodrigo

CARTAS AL DIRECTOR

(Podéis ponerlo a parir porque no tenemos)

A quien pueda interesar:

Debo confesarles que, aun antes de ponerme a escribir, ya me arrepiento de mi intención de enviar esta nota a su revista. Revista literaria, me dijeron. Después de leer su primer número dudo mucho de que lo sea. Pero no es mi intención realizar una crítica a su revista, lo cual tendrían muy merecido, sino exponer una cuestión que tampoco es exclusivamente literaria.

El caso es que yo soy escritor. No muy bueno, lo admito, pero escritor a fin de cuentas. Me dijeron que este número versaba sobre imaginación y sobre ese tema versa mi pequeña historia. Quizá sería mejor decir que trata precisamente de la falta de imaginación.

Me disculparán si no incluyo nombres. Me parece de mal gusto y lo considero innecesario. Aquellos que los conozcan sabrán de quienes hablo. Espero, también, que los protagonistas, si esta nota cae en sus manos, sean capaces de reconocerse y avergonzarse, aunque esto último lo dudo tanto como la calidad literaria de este panfleto que ustedes editan.

Creo que como introducción la anterior es suficiente, así que me lanzaré de lleno a la exposición, que es lo único esencial en esta carta. ¿Creen ustedes que para ser escritor es necesaria la imaginación?

No se trata de una pregunta retórica, espero que cada uno de ustedes haya dado su respuesta en este preciso momento. Bien, pues sea cual sea su opinión, la contestación correcta es un sencillo y rotundo "no". Se preguntarán en qué me baso para realizar una afirmación tan categórica como la presente. Es sencillo, tengo pruebas concluyentes al respecto. Desde ahora me referiré a dos casos reales que han confluído en una sola obra común. Consideren a X e Y (no hace falta que les recuerde que tras esta notación se ocultan los nombres de dos personajes sobradamente conocidos); comencemos por X:

X no tiene imaginación. Espero que nadie lo dude. Pero X posee una virtud: es capaz de describir un paisaje, un lugar, un objeto, una persona o cualquier cosa que se le ponga por delante, de un modo perfecto. Es capaz de pintar lo que sea con unos detalles tan vivos que nos parece estar presenciando lo descrito. Admito que esto en sí puede ser una virtud (que, por otra parte, también poseen las cámaras fotográficas a pesar de su falta de vocabulario), pero no se trata precisamente de imaginación.

Pasemos ahora al caso de Y:

Y tampoco posee ni pizca de imaginación. Nuevamente pueden dudar de mi palabra si así lo desean, pero les aseguro que mi comentario no es gratuito. Y tiene una gracia especial, simiesca, para reproducir fielmente cualquier conversación, diálogo o discurso que escuche en cualquier momento o lugar. Puede ser una virtud lo admito (aunque, por otra parte, una grabadora cualquiera puede realizar el mismo trabajo y cualquier persona puede transcribir al papel una conversación grabada de este modo), pero no se trata precisamente de imaginación.

Pues bien, X e Y eran escritores. Por separado nadie los conocía. Con semejantes virtudes no era nada extraordinario. El uno pintaba cuadros sin vida (X) y el otro relataba vidas sin paisaje (Y). Pero quiso el azar (pobrecillo, que siempre se le echa la culpa de todas las desgracias, de no ser que se prefiera cargársela al dichoso destino) que X e Y se conocieran. Escribieron un libro juntos. Su obra carecía totalmente de imaginación, pero en ella había personajes creíbles con diálogos ágiles y un hermoso paisaje pintado con todos sus colores. Consecuencia: el libro fue un éxito. Desde entonces X e Y han trabajado en fructífera (para ellos) simbiosis que los ha hecho famosos y respetados. He oído a más de uno (imbéciles, claro está) elevar hasta el cielo las numerosas virtudes de la ilustre pareja. Yo, no hace falta que

se lo diga, no soy precisamente un admirador de estos dos mamarrachos. Creo que no me faltan razones y, como creo que son de peso, me parece que las expodré aparte:

Si les parece que me tomo el asunto como algo personal, están en lo cierto. Para empezar yo soy escritor, no muy bueno, lo admito, no soy un genio, mi imaginación no es portentosa y mi estilo deja mucho que desear. Pero son míos. Puedo hablar de mi imaginación, de mi estilo, de mi forma de contar las cosas. Que yo sepa nunca he plagiado, al menos de un modo consciente, a nada ni a nadie. Mis obras pueden ser pésimas muestras de falta de talento, pero son mías. Este simple detalle me permite considerarme infinitamente superior a X e Y. Sí, ya sé que X e Y son capaces de retratar la vida con enorme detalle. Sus libros parecen llenos de esa propia vida que retratan. Pero no es su vida, sino la de otros. X puede pintar muy bien los paisajes. De acuerdo, pero estoy seguro de que si me ponen entre las manos una fotografía del lugar y me dan un diccionario para buscar los términos apropiados podré hacer una descripción tan precisa como la suya. No lo haré porque no tengo paciencia ni me siento atraído por el ridículo. Y sabe poner en boca de sus personajes unos diálogos sublimes. De acuerdo, pero denme una grabadora y tiempo para buscar las conversaciones de los personajes adecuados y también yo escribiré diálogos perfectamente creíbles. Pero no tengo paciencia para ello y me estimo más que una simple grabadora.

Así que lo admito, X e Y son dos buenos artesanos de la palabra. Si alguien les proporcionara una buena idea serían capaces de relatarla con todo lujo de bellos detalles. Pero no son genios. Están tan lejos de la genialidad como yo, si no más. Así que, admítanlo, tengo sobrados motivos para criticar a estos dos personajillos y a todos ustedes, manada de borregos, que alguna vez se han deleitado con su lectura.

Si no están de acuerdo conmigo y piensan que X e Y son unos genios por el mero hecho de saber plagiar la realidad como máquinas, siento haberles aburrido con mi disquisición. Si, por el contrario, creen que tengo razón y piensan que X e Y no merecen figurar en el panteón de los genios, me sentiré satisfecho de haber hallado su comprensión y complicidad. Pero, al margen de ese secreto entendimiento, a los que apreciamos la imaginación en el arte sólo nos queda la pataleta ante el éxito de personajes como nuestros X e Y.

Adiós y gracias por soportarme, su exlector:

Augusto Mencuentro

Comentario al N°1

Excepcional, Brillante. Pero sobre todo me ha ilusionado esa juvenil actividad. Ese dinamismo y el inconformismo de no querer estarse quieto. El "lobo con piel de cordero" se aproxima a la persona que todos debemos ser. "El útil Sísifo" es en el fondo la ilusión que llevamos dentro. Los cuentos me han gustado mucho, en particular "El piano" y "El Crimen de la Rosa".

Somos la generación X

Pero no estamos dormidos.

Pedro Pablo

EN MI PROPIA DEFENSA

Hola, vulgares:

Sí, soy yo, Narciso. No tenía intención de volver a aparecer en estas lamentables páginas. Tengo constancia de que a algunos de vosotros, los más vulgares sin duda, les han parecido pedantes mis comentarios del número anterior. Alguno ha dicho de mí que soy un grosero y un fatuo soez. No necesito defenderme de vuestras estúpidas críticas. Ellas hablan por sí mismas de vuestra escasa capacidad. Por mi parte, podría callar sin perjuicio para mi fama en el exquisito círculo social en el que me muevo. Pero me parece más razonable frotaros por vuestra cara una muestra más de mi infinita superioridad. Si os demuestro mi genialidad no es para que penséis que os perdono vuestra ignorancia sino para que rabiéis de envidia en vuestros asientos al comprobar como se incrementa vuestra incompetencia en comparación con mi cegadora brillantez mental.

He aquí una muestra de lo que os digo. Se trata de un breve apunte de mi magna obra sobre una muestra cultural a la que, quizá, sois ajenos en vuestra ignorancia. Se trata sólo de una concisa introducción que os hará lamentar no poseer el original ni la obra completa que, lo confieso, aún está inconclusa:

LOS ORÍGENES DE LA POLKA

Los orígenes de la polka permanecen oscuros en la noche de los tiempos. Recientes estudios han escarbado en su historia buscando algún indicio que conduzca al momento de su aparición así como al conocimiento de su o sus posibles creadores.

Para empezar, hemos de retomar los estudios del famoso polkólogo Gazpachito Grogrenko y su obra enciclopédica en la que invirtió los mejores, y también los peores, años de su vida: la Enciclopedia Universal de la Polka. Esta maravillosa obra en seiscientos volúmenes nos introduce someramente a las increíbles maravillas que encierra este desconocido y excitante mundo. En su Enciclopedia, Grogrenko hace mención de los primeros documentos en los que aparecen reseñas que tienen que ver con la polka. Así nos encontramos con la copia de un documento del siglo XXIV a.C. en el que por primera vez se menciona este maravilloso baile. Se trata de un documento apócrifo atribuido erróneamente a Atila en el que, entre otros asuntos, se hace una alusión casual a un baile en el que se interpretó la primera polka de la que se tiene conocimiento. Dice así el precioso documento:

"Grrr,grrr. Gronf, regronf, atajú-atajú. Mongo pongo quito pongo pongo. Gloglo polka A tila ti san a".

Como vemos se trata de una breve descripción de los asuntos cortezanos de aquellos remotos tiempos en los que ya disfrutaban de las delicias de nuestra amada polka.

Pero es en fechas más recientes cuando la polka se extiende de un modo imparable debido a su gracia intrínseca y su encanto indudable. Prueba de esta afirmación es aquel párrafo, preclaramente mencionado por Grogrenko en su obra, perteneciente al más remoto cantar de gesta hallado en las tierras de Albacete que nos narra las aventuras y vicisitudes del valeroso caballero Macario de Valdenabos. Cuando el héroe se despidió de su amada, doña Crisanta de Fortimimbres le dirige estas palabras:

"Esperarme has de mi dama, la del corazón fermosa,
cuando vuelva desta guerra, bailaremos una polka".

Hoy en día parece claro que en los albores de la Baja Edad Media, la polka era un baile popular arraigado en todo el continente. Si avanzamos unos cuantos siglos más, nos encontraremos con la polka en su forma actual, conocida de todos. En un ensayo posterior se tratará de la evolución moderna de nuestro querido baile. Para más información consúltese la obra de Grogrenko si no se tiene mi magna obra aún en preparación (cuando esta aparezca será inútil consultar cualquier otra).

Creo que como muestra basta un botón. Después de leer estos párrafos inspirados nadie podrá sustraerse al magnetismo de su autor, que no es otro que su excolaborador:

Narciso de Lego
(futuro líder de la humanidad)

EPÍLOGO

No pensaríais que os ibais a librar de la moralina final. Procuraremos que no sea demasiado espesa e indigerible. Después de leer estas páginas (algunas más que en el número anterior) tal vez piensas que tras tanto presumir no te hemos dado ninguna muestra de verdadera imaginación. Si es eso lo que crees, hay que admitirte, al menos, la capacidad de haber realizado un ejercicio intelectual personal. ¡Enhorabuena! Eso es imaginar.

Seguid imaginando. ¿Podéis ver a Morfeo? Está ahí, de pie junto al lecho, a lo lejos frente a vosotros. Parece un viejo cansado y deprimido. No es para menos. Él alimenta vuestros sueños, pero necesita que los sueños regresen a él por vuestro intermedio. En realidad se alimenta de vosotros. Morfeo está despierto. La insoportable vigilia lo debilita, parece demacrado. Podría vivir despierto si contara con vuestros sueños para seguir adelante, pero debe enfrentarse cada día a vuestra falta de sueños. Os negáis y le negáis a él. Está triste y moribundo. No le afecta la vigilia, es más terrible el insomnio. Creéis que podéis vivir sin este Morfeo en ruinas. Él fue grande y puede volver a serlo. Debe volver a serlo. Creéis que no lo necesitáis, pero es mentira. Cuando el mundo se hunde a tu alrededor, cuando no hay nada a lo que agarrarse, cuando acechan el escepticismo o el desánimo, entonces sólo los sueños pueden salvarte. Si no los tienes, los creas o desapareces o, lo que es igual, te dejas llevar, te dejas vivir por otros capaces de soñarte. Por eso Morfeo es inmortal. Es grande y poderoso. No lo parece, pero si os acercáis a él, a esa figura famélica de ojos enrojecidos, aumentará de tamaño, se inflará de sueños e insuflará su cálido aliento en vuestros aletargados cerebros. No lo creéis, ya veo. Pero es el momento para hacerlo. Probad, nunca es demasiado tarde para comenzar a soñar.

EL PUNTO Y FINAL

Resta muy poco que decir. Estamos contentos de haber recibido algunas colaboraciones vuestras. Pero sois muy tímidos todavía. Los que colaboráis lo hacéis, casi todos, con pseudónimo, por miedo más

que por principio. Quizá en el próximo número deis el paso y mostréis vuestra verdadera cara. Otros, seguramente, teníais algo que decir, pero os ha dado miedo, vergüenza o pena escribirlo o enviárnoslo. Para este número ya es tarde, pero no para el siguiente. Así que os repetimos la eterna cantinela:

Colaborad, continuad colaborando. Lo sentimos, seguimos sin pagar un duro. Enviad las colaboraciones por e-mail a:

despertardelosmuertos@yahoo.es

Y, si lo deseáis, bajaos las revistas que no tengáis de nuestra página web:

www.eldespertardelosmuertos.es

O de nuestra página en Bubok:

<http://eldespertar.bubok.es>

Gracias y hasta pronto.